

BOXEROS BRIGUERA
PUNTO
ROJO

matar por unos centavos...

vic logan



COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



eb

VIC LOGAN

MATAR POR UNOS CENTAVOS

Colección **PUNTO ROJO** n.º 687
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 16.059 - 1975

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: junio, 1975

© VIC LOGAN - 1975

texto

© JORGE SAMPERE - 1975

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1975

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.295. — El intermediario.

En Colección PUNTO ROJO:

674. — ...De muerte natural.

En Colección ASES DEL OESTE:

652. — El último en reír.

En Colección SALVAJE TEXAS:

888. — Tierra de colosos.

En Colección KANSAS:

863. — Siembra de violencia.

En Colección BRAVO OESTE:

584. — Parejas de damas para el vaquero

En Colección CALIFORNIA:

864. — Senderos de venganza.

En Colección COLORADO:

877. — La muerte visita Wyoming.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

207. — Como lobos hambrientos.

CAPÍTULO PRIMERO

Vestían los dos igual. Botas, pantalón tejano y chaqueta de cuero. Sus melenas eran parecidas. Uno la llevaba rizada, su compañero la dejaba caer lacia sobre los hombros y, además, llevaba barba, quizá para presumir de una hombría que estaba lejos de conseguir.

Respondían a los nombres de Deddie y Ron, pero para todo el mundo eran unos...

—Gamberros. ¡Maldita sea! ¡Policía, policía! ¿Qué clase de protección tenemos en esta ciudad de vándalos asesinos?

Esta vez la víctima fue el propietario de un comercio cerca del Riverside.

Deddie y Ron le rompieron la luna del escaparate y ahora huían corriendo sin poder contener la risa.

La carrera duró unas tres manzanas. Luego alcanzaron una boca de Metro y bajaron al andén.

—Calma, amigo. No nos persigue nadie —dijo Ron. Parecía el más decidido de los dos y a aquella hora, las ocho de la noche, con las calles ya prácticamente vacías a consecuencia de las múltiples advertencias de la policía y la experiencia de quienes eran sorprendidos por toda clase de manadas de indeseables, Ron se sentía dueño de todo.

Jadeante aún, añadió:

—No teníamos por qué salir huyendo. Nunca aprenderás, Deddie. ¿Para qué crees que traigo esto?

Mostró una navaja automática con dimensión suficiente para causar una herida mortal.

—Guarda eso —repuso su compinche—. Un día puede traerte un disgusto.

—¡Maldito viejo! Se puso a chillar como un histérico. De buena gana le hubiese pinchado.

—No digas tonterías. Bien está que nos divirtamos. Pero eso que dices es demasiado peligroso.

—¿Por qué? ¿Quién iba a descubrirnos?... Ya les oyes. Para todo el mundo somos un par de gamberros, ¿no? Pues que nos busquen. Mi padre dice siempre que todos los gamberros son iguales...

La conversación siguió en el Metro. Ninguno de los dos parecía tener un rumbo fijo. Tanto daba bajar en una parada como en otra. Ron eligió.

—Esto está cerca de donde vives —murmuró Deddie, ya en la calle.

—Décima Avenida. Un barrio asqueroso —repuso Ron—. Mi padre nunca ha sido capaz de sacarnos de aquí. Y se las da de... —rió de pronto. Se le ocurrió una idea—. ¡Oye, vamos a hacer algo tú y yo, justo donde yo te diga!

—¿Por qué no vamos al Old Paradis? ¿Recuerdas las chicas del otro día?

—Luego. Luego iremos... ¿Tienes pasta?

—Para la entrada.

—Necesitamos algo más, ¿no? Ven.

—¿Pero qué te propones? —inquirió Deddie.

Pronto lo supo. La caja fuerte que Ron estaba asaltando era el depósito de las monedas de una cabina telefónica. La navaja le ayudó a abrir la cerradura.

—Date prisa. Pueden vernos...

—¿Tienes miedo? ¡Bah!

—Estamos en tus barrios.

—Mejor. Así nadie sospechará de mí.

Luego le tocó el turno a una segunda cabina. No recogían gran cosa, pero a Ron le divertía.

Cuando llegaron a la tercera y Ron había conseguido abrir la pequeña caja, un tipo llegó de improviso. Había surgido de pronto sin que Deddie lo advirtiera. Era nada menos que un policía de servicio.

—¡Ladrones! ¿Qué estáis haciendo? —Se encaró con ellos—. Al fin os he...

Se detuvo. Ron le miraba fijamente, mientras el agente intentaba impedir la huida de Deddie, que protestaba:

—Te lo dije.

En el forcejeo, Deddie logró huir ante la extraña mirada del representante de la ley.

Ron llevaba todavía la navaja automática en la mano y atacó con ella.

El policía intentó impedirlo, pero Ron, de forma desesperada, hundió el acero en el cuerpo del hombre, que agrandó los ojos ahogando un grito de dolor.

Ron sacó la navaja para hundirla de nuevo en una segunda cuchillada.

Estaba frenético y asustado al mismo tiempo y ello le impulsaba a continuar como queriendo asegurarse de que el agente no iba a sobrevivir.

Deddie estaba paralizado por el horror, y apenas lograba articular palabra.

Cuando el policía cayó ensangrentado, Deddie logró balbucir:

—¿Qué has hecho? ¡Dios mío! ¿Qué has hecho? Era un policía...

—¡Lo sé, maldita sea!... Y ahora hay que largarse...

Todo sucedió en breves segundos. Fue tan rápido que parecía que no hubiese ocurrido nada, de no ser porque en el suelo continuaba, al pie de la cabina, entre un charco de sangre, aquel hombre que estaba cumpliendo con su deber.

Iban a echar a correr, cuando de pronto ambos se dieron cuenta de que no estaban solos.

Alguien había sido testigo de la escena: una mujer. Una mujer joven que observaba entre incrédula y asustada.

Estaba en el portal de una casa tan vieja como todas las que le rodeaban.

La luz de un farol iluminaba perfectamente los rostros de los gamberros. También el de la muchacha.

«Lo ha visto todo», pensó Ron, que aún llevaba el cuchillo en la mano.

Deddie también tenía idénticos pensamientos, y ambos avanzaron hacia ella. Sus intenciones eran obvias: eliminar al testigo.

«Puede reconocernos», pensó nuevamente Ron, y siguió avanzando.

La joven comprendió perfectamente cuáles eran las intenciones de aquel par de indeseables y comenzó a retroceder.

Pero a su espalda tenía un portal cerrado, y Deddie le cortaba el paso por un lado, mientras que Ron, con la navaja asesina en la mano derecha, se aproximaba cada vez más.

La testigo balbució:

—No...

No era clemencia lo que pedía, aunque sintiera un pánico indescriptible ante la proximidad de la muerte. Dijo simplemente «no». Acaso porque el mismo miedo la impedía gritar.

Y los asesinos estaban allí. Tan cerca de ella...

De pronto sonó la sirena del coche patrulla. El vehículo estaba doblando la esquina.

—¡Vamos! —gritó Deddie, mirando hacia atrás. Y ella, con decisión, aprovechó el breve lapso de duda de aquel par de gamberros para empujar a Deddie y salir corriendo.

—¡Por allí! —exclamó Ron, abandonando toda idea de atacar a la muchacha. Era demasiado tarde y el coche de la policía se aproximaba, mientras ella le estaba haciendo señas para que se detuviera.

Ron y Deddie huyeron en dirección opuesta a velocidad vertiginosa. Doblaron la esquina y entraron en un callejón. Ron, siempre delante, alcanzó una de las escaleras de incendio y comenzó a subir.

—¿Dónde vamos? —inquirió Deddie.

—Al único sitio donde podemos estar seguros... A mi casa. Ni una palabra...

—Estás lleno de sangre.

—Ya me ocuparé de eso. ¡Sígueme! De prisa... Saltaremos por los tejados... No nos alcanzarán, no...

Jadeaba, pero seguía subiendo. Luego los dos se perdieron por las azoteas.

CAPÍTULO II

El teniente Yonell estaba al mando de la patrulla. Con él iba un chófer y un policía uniformado que en estos momentos repetía una vez más:

—Pobre Stanley... Se han ensañado con él.

—¿Le conocía? —inquirió Yonell.

—Éramos amigos desde pequeños. Juntos ingresamos en el cuerpo... Quisiera encontrar a esos asesinos.

—Cálmese, Wright. Daremos con ellos.

—¡Malditos! ¿Por qué tenían que hacer esto, por qué?

Nuevas sirenas rompieron el silencio. La ambulancia y otro par de coches se aproximaban al lugar. Ahora empezaba una escena que diariamente se repetía. Las asistencias, el forense, un ayudante del fiscal... Todo el equipo técnico de la brigada.

—¿Muerto? —inquirió el forense, con tono rutinario.

—Desgraciadamente, sí. Tres cuchilladas. Parece que se trata de una navaja automática. Las venden hasta por correo. Luego me pasa el informe. —Y Yonell se aproximó a la muchacha, que seguía allí porque así se lo habían pedido.

—Usted lo vio todo.

—Sí, teniente.

—¿Eran dos?

—Sí.

—Ya me ha dicho que llevaban melenas y ropas corrientes en esos tipos. —Así es.

—Estaba usted cerca. Quiero decir si les vio de cerca.

—Como le estoy viendo a usted.

—¿Les reconocería?

—Nunca se me olvidarán sus rostros. Uno de ellos, el que llevaba la navaja, iba a matarme. Estoy segura.

—Querían eliminarla. Usted es un testigo peligroso.

—Su llegada fue la que me salvó...

—Menos mal que hemos podido evitar algo. Por cierto... ¿Pasa usted habitualmente por esta calle? ¿Vive cerca?

La muchacha señaló el portal desde el cual había sido testigo del crimen.

—Trabajo ahí.

Yonell echó una ojeada al vetusto edificio.

—¿Qué es eso?

—Bueno. Estoy solo temporalmente. Es un almacén. Pertenecía a la compañía Cumberland de importaciones y exportaciones. Ahora había que poner en orden unos viejos archivos y el señor Cumberland me pidió si podía ayudarlo en horas fuera de oficina. Sólo hace tres días que vengo por aquí.

—¿Cuando intentaron atacarla no podía refugiarse dentro? Debe haber alguien en la oficina.

—Hoy estaba sola. Tengo la llave, pero al salir cerré y cuando esos dos asesinos se dirigieron hacia mí, ya no tenía tiempo de abrir. No me atreví siquiera a volverme. Sentí miedo, de veras.

—Sin embargo, se comportó usted con mucha valentía, la felicito, señorita... No me ha dicho su nombre, ¿verdad?

—Nancy... Nancy Stevens...

—Bien, señorita Stevens... Si está dispuesta a declarar, de sus señas al agente Wright, y si no le importa, pienso que podría venir conmigo para echar una ojeada a un par de fotografías. Puede que reconozca a esos tipos.

—Bueno... Es tarde, pero si lo considera necesario... —¿La esperan?

—No, no. No me espera nadie.

—Bien... Procuraré entretenerla el menor tiempo posible, y haré que nos traigan algo para comer. No habrá usted cenado, ¿verdad?

—No, no.

—Yo tampoco... Y por lo que parece, esta noche ni siquiera podré dormir. Son gajes del oficio.

Una vez la muchacha había facilitado sus señas al disgustado y aturdido agente Wright, se fue con el teniente Yonell al gabinete de identificación.

En la calle continuaban los trabajos de rutina. La ambulancia se había llevado el cadáver del policía asesinado y un coche patrulla se

quedaba de guardia, mientras Wright, en otro coche, murmuraba:

—Vamos a echar un vistazo. Aunque tengamos que pasar toda la noche.

Su compañero al volante repuso:

—Ya hemos recorrido toda la manzana hacia el lado donde nos indicó esa muchacha.

—No importa. Volveremos a hacerlo. Era amigo mío, ¿sabes? Uno ve asesinatos todos los días, y no por acostumbrarse deja de odiar el delito; pero cuando la víctima es alguien a quien aprecias...

—Te comprendo, Wright. Seguiremos buscando.

Y mientras tanto, en el gabinete de identificación Nancy Stevens se hallaba ante «el par» de fotografías de que le había hablado Yonell.

Bueno, lo que para el teniente era un par se había convertido en un par de abultados álbumes con más de mil fotografías.

—¿Debo mirar todo esto? —inquirió ella.

—Tómese todo el tiempo que quiera y si se cansa dígamelo. Podemos continuar mañana y pasado...

—Pero usted quisiera cogerlos ahora mismo, ¿verdad?

—Luchar contra el tiempo forma parte de nuestra profesión. Si tuviera la suerte de identificarles a las primeras de cambio, el caso estaría resuelto.

—Bueno. Voy a empezar. Y ojalá tenga suerte. Parece mentira que haya tanta gente fichada.

—¿Tanta dice? —sonrió Yonell—. Esto no es nada. Un aperitivo. Los archivos se hacen pequeños y cada día surgen delincuentes nuevos como setas y campan por ahí. Setas venenosas qué esparcen su veneno porque ni siquiera conocemos su forma...

Alguien trajo bocadillos y cerveza y Yonell murmuró:

—Esto es por cuenta del Estado. —Y mientras ella miraba y consumía los bocadillos, Yonell atendía al teléfono. En total, tres llamadas.

El forense comunicó que en una primera inspección la cosa quedaba clara. Tres pinchazos. Dos de ellos mortales de necesidad.

—¿Quieres un examen más a fondo, Yonell? —preguntó el forense.

—No. Es un caso simple. Déjalo. Redacta el informe.

Otra llamada en contestación de una pregunta que había

formulado anteriormente:

—Lo siento, Yonell. En los bares próximos a la zona nadie ha visto dos tipos con la descripción que me has facilitado.

—Bueno. Déjalo y gracias.

La tercera llamada era de la oficina del fiscal y Yonell contestó:

—No, no señor. Por los datos que tenemos, nada hace suponer que sea una venganza. La víctima tiene una excelente hoja de servicios... No se puede decir que no tuviera enemigos. Un policía los tiene más que ninguno. Pero en este caso el móvil parece claro. Sorprendió a los asesinos robando el dinero de una cabina...

Colgó y preguntó a Nancy:

—¿Hay suerte?

—No, por ahora.

—Tómeselo con calma. Nosotros tenemos siempre prisa, pero también hay que contar con la suerte. ¿Seguro que los recordará cuando los vea, eh?

—Esté tranquilo. No se me olvidarán.

CAPÍTULO III

Ron se había quitado la chaqueta de cuero y la camisa, quedándose con el torso desnudo, sin importarle en absoluto el fresco que corría por el tejado.

—El pantalón está bien y las botas tampoco están manchadas —dijo, metiendo las otras dos prendas en un cuartucho lleno de trastos que luego cerró con llave que se guardó en el bolsillo del pantalón.

—¿No temes que descubran esto aquí?

—Aquí no viene nunca nadie. Mi madre, antes, tendía la ropa, pero ahora se la traen seca de la lavandería. Además, no podrían entrar. La llave la llevo yo siempre. Una vez me escondí aquí dentro y me buscaban por todas partes.

—¿La policía?

—Mi padre. Para darme una paliza. Esperé a que se calmaran los ánimos y luego regresé. Es un buen sistema. Anda, vamos. No quiero coger una pulmonía.

—Tu madre nos verá entrar.

—No. No hagas ruido y déjame hacer a mí, ¿eh? No metas la pata. Hace media hora por lo menos que estamos en casa. En mi habitación. No es la primera vez que duermes en ella.

—Bueno. De acuerdo.

—Recuérdalo. Media hora. No sabemos nada de nada.

—Pero desde aquí se oyen las sirenas de los coches de la policía.

—¡Bah! Toda la noche se oyen. Si tuviéramos que hacer caso por esto... Vamos. Sígueme.

Descendieron por la escalera de incendios, que comunicaba con la parte trasera de la casa. Eran ya las nueve de la noche, y cuando llegaron a la ventana que daba a la sala observaron que estaba a oscuras. Sólo funcionaba el televisor y había luz que surgía de una puerta.

—Mi madre está en la cocina —susurro Ron. Y entró con sigilo.

La habitación de Ron estaba junto a la puerta de entrada, por lo que debían cruzar toda la sala y meterse por un pasillo distribuidor que también estaba oscuro.

Habían tomado la precaución de descalzarse de las botas —por indicación de Ron—. Y avanzaron de puntillas.

La madre de Ron estaba en el cuarto contiguo a la cocina plegando una ropa.

Deddie miraba asustado, temiendo ser descubierto, y tropezó ligeramente con una silla.

Ron masculló algo entre dientes y susurró:

—¡De prisa, estúpido!

Rápidamente, se metieron en la habitación.

La madre de Ron, una mujer adocenada que llevaba la resignación impresa en el rostro, asomó un momento. Observó que la ventana estaba abierta y entraba bastante aire. Fue a cerrarla y miró en derredor como si presintiera la presencia de alguien.

—¿Eres tú, Ron?

No obtuvo respuesta y avanzó hacia el pasillo distribuidor. Entonces observó luz bajo la puerta y llamó de nuevo:

—¿Ron?

—¿Me llamas, mamá? —preguntó la voz de Ron.

—¿Cuándo has llegado, hijo? No te he oído.

—Hace por lo menos media hora, mamá... Estabas enfrascada con el televisor, con ese dichoso serial de los martes. No he querido molestarte...

La mujer frunció el entrecejo.

—No estoy solo, mamá. Mi amigo Deddie está conmigo. —Y Ron abrió la puerta sonriente. Iba igualmente con el torso desnudo y descalzo. Sonreía con su forma habitual, cínica.

Deddie estaba tendido sobre una colchoneta en el suelo y se levantó para saludar a la madre de su amigo.

—Buenas noches, señora... Espero que no le moleste que esté aquí.

—No... No, claro —repuso la mujer, con una duda reflejada en su semblante—. Bueno. No quiero molestaros. —Cerró la puerta y Ron se apresuró a poner el pestillo.

—No ha creído una sola palabra —murmuró Deddie.

Ron se llevó el dedo a la boca, indicándole silencio. Luego, pegado a la puerta, escuchó. Cuando estuvo seguro de que su madre no estaba allí para oír lo que decían, dio un salto y se tendió sobre su cama.

—Todo ha ido bien.

—Te digo que no. No lo ha creído.

—No sería la primera vez que llego y está pendiente de la tele. Entonces entro y voy directo a mi cuarto. Es un asco, pero aquí me encuentro bien. Lo tengo todo como quiero y no permito que me revuelvan nada... Por si acaso, si algo no me conviene que lo vean, lo escondo en el terrado. Ya sabes...

Deddie no escuchaba. Tenía miedo. No había conseguido dominarse.

—No nos ha creído —insistió—. Nos miró de una forma extraña.

—Cierra la bocaza de una vez. Si no nos ha creído, peor para ella. Nosotros llevamos media hora aquí. ¿De acuerdo? Y ahora, otra cosa... Hemos salvado el primer *round*, pero queda algo por hacer.

—¿Hacer qué? Según de qué se trate no cuentas conmigo. En este momento quisiera verme lejos de aquí.

—Tú vas a hacer lo que yo diga...

—¡Oye! No me des órdenes.

—Ahora todo tiene que seguir igual. Si cambiamos de costumbres, llamaremos la atención...

—Pero... Después de lo que ha pasado... Recapacita, Ron...

—Esto estoy haciendo... No nos ha visto nadie, excepto esa chica, ¿verdad? ¡Maldita fisgona! Tuvo que aparecer justo en aquel momento... En ella estoy pensando.

—¿Qué...?

—Sí, Deddie. Una vez nos libremos de esa entrometida ya podremos estar completamente tranquilos. —¿No pensarás...?

—Sí, Deddie. Pienso en lo mismo... Quitarla de en medio —e hizo un gesto con el índice como si cortara el cuello a alguien.

—No, Ron... Es demasiado. Ella no tiene por qué volver a vernos jamás. Ha sido una casualidad. Seguramente que ni siquiera podría reconocernos.

—¿No viste la forma con que nos miraba? No, Deddie, hay que suprimirla. Es un riesgo que es necesario eliminar. Y tú estás tan

metido en esto como yo.

—Otro crimen...

—Éste es necesario.

—¿Por qué mataste al «poli»? Con huir hubiese bastado... No es la primera vez que nos persiguen.

—Esto es distinto —murmuró Ron, sombrío.

—¿Distinto? Di más bien que tenías ganas de estrenar tu maldita navaja.

—¡No! —gritó Ron, y luego bajó la voz—: Conseguirás sacarme de quicio...

—Entonces, ¿por qué le mataste, di?

—También era necesario, Deddie. Ese «poli» me conocía.

—¿Eh?

—Sí, Deddie. Ese maldito «poli» es amigo de mi familia. Por eso le maté. Estaba perdido, ¿comprendes?

—¡Dios mío! Entonces...

—¡Calla! Deja de lamentarte como una vieja histérica. No sucederá nada. Sobre todo cuando esa chica no pueda hablar. Lo primero que hay que hacer es averiguar dónde vive, en qué lugar trabaja, los sitios que frecuenta y seguirla... Será fácil. Muy fácil. Como un juego. Ya verás. Y después..., cuando todo haya terminado, seremos libres. Verdaderamente libres. Y ahora a pensar en otra cosa. No ha ocurrido nada. ¡Voy a poner un poco de música!

CAPÍTULO IV

—Lamento hacerla llegar tan tarde a su casa, señorita Stevens —dijo el teniente Yonell, doblando la esquina al volante de su coche particular, en el que acompañaba a Nancy.

Un reloj señalaba las once y cinco minutos de la noche.

—Es ahí —indicó la muchacha, señalando precisamente la casa del que colgaba el reloj.

El oficial detuvo el auto y salió para abrir la portezuela del lado de Nancy.

—El tiempo no tiene importancia, teniente. Lo que lamento es no haber podido identificar a los asesinos. Si me necesita otra vez...

—Quizá no estén fichados. Eso es lo malo. De cualquier modo, le mandaré a un hombre.

—¿Para qué, teniente?

—No quisiera asustarla, señorita Stevens, pero temo que corra usted un grave peligro.

—¿Peligro? ¡Oh!... ¡Creo que le comprendo! Teme que esos dos jóvenes puedan...

—Usted los vio perfectamente bajo aquel farol... Ellos también la recordarán a usted. Saben que es la única testigo del crimen que han cometido y eso tiene que mantenerles nerviosos.

—¿Cree que se atreverán a...?

El teniente la tranquilizó.

—Bueno, no quisiera inquietarla. Tal vez no ocurra nada, pero, por si acaso, abra bien los ojos. Y en cuanto a ese trabajo de noche que le obliga a salir tarde, me permitirá volverla a ver. Espero que no le importe.

Ella sonrió. Yonell era atento y simpático. Quizá no representaba la imagen del típico policía estereotipado, pero a Nancy no le importaba. Tampoco sentía miedo por los posibles peligros que podía entrañar aquella pareja de asesinos.

Se despidieron en la puerta de la casa y Yonell se quedó en el portal observando los contornos. Tomando mentalmente medidas de todo lo que le rodeaba: el callejón contiguo, que concluía con una tapia de unos dos metros de altura; la esquina inmediata, las tiendas, la armería... Se detuvo en el escaparate donde se exhibían algunas armas: pistolas, revólveres, rifles y el consiguiente anuncio: «Defiéndase de los maleantes. No se deje coger desprevenido. Nadie mejor que usted velará por sí mismo».

Yonell hizo un gesto de desagrado y volvió al coche.

Una hora más tarde, otro policía regresaba a su hogar sin poder evitar su pesadumbre.

Era el agente Wright, cuya búsqueda de los asesinos había resultado infructuosa.

Se despidió del compañero que llevaba el auto patrulla y subió cansadamente las escaleras de su hogar, en el tercer y penúltimo piso del edificio.

Metió la llave en la cerradura y abrió la puerta. Había luz en la casa. Su esposa, como tantas otras veces, le aguardaba.

Todavía sonaba la música en la casa. La música procedente de la habitación del hijo.

—Creí que hoy vendrías antes —dijo la esposa.

—Te he dicho muchas veces que no tienes por qué esperarme levantada. Si te apetece ir a dormir... —Se interrumpió. La música había aumentado de volumen—. ¡Cuándo aprenderá mi hijo que éstas no son horas de hacer sonar el tocadiscos!

—¡Paul...! —empezó la esposa.

Pero el agente no hizo caso. Golpeó la puerta resuelto a terminar con la música.

—¡Ya está bien, Ron! ¡Hacer algo de provecho es lo que deberías hacer!

Y Ron apareció en la puerta.

Sí. Ron. El asesino del compañero de su padre.

Cuán lejos estaba Paul Wright de sospechar lo cerca que estaba del criminal que tanto había perseguido.

—Siempre estás de mal humor, padre... Deberías dejar ese maldito trabajo del demonio.

—¡Estoy orgulloso de lo que hago, Ron! Ojalá algún día puedas estarlo tú de tu trabajo, si es que te decides a hacer algo de

provecho en esta vida.

—¡Oh! Ya empezamos... Buenas noches, padre.

—¡Claro! A ti no te gusta que te digan las verdades. ¿Qué haces tú de provecho? ¡Di!

—Bueno... No son horas de discutir. ¿No crees? ¡Siempre la tomas conmigo...!

—¡Paul! —intervino la mujer.

—¡Déjame! No le defiendas... ¡Maldita sea! Uno se parte el alma trabajando toda la vida y... ¡Dios mío! ¿Sabes a quién han asesinado en esa misma esquina?

—No —repuso la madre—. He oído sirenas, pero...

El compinche de Ron aguzó los oídos. Se levantó tembloroso. Ron se volvió y con una mirada pretendió tranquilizarle. Dejó que su padre hablara.

—Han matado a David... Un par de gamberros... ¡David! ¡Maldita sea! —Golpeó la pared con el puño y se lastimó, mientras Deddie se escurría tembloroso hacia el interior del dormitorio. Ron permaneció impasible.

Su padre se volvió de repente:

—Han sido un par de gamberros —le miró desafiante—. ¿Lo has oído? Tipos como tú que andan vagando de un lado a otro, que escuchan música, que leen revistas asquerosas y que no hacen nada de provecho.

—¿Por qué te ensañas conmigo, padre? —repuso Ron tranquila y fríamente—. Cualquiera que te oyera pensaría que he tenido algo que ver con esa muerte... Lo siento por el pobre David. Pero son los gajes de ser policía.

—¡Calla la boca...!

—Digo lo que pienso, como tú.

—¡Calla!

—Lo que tú digas, padre. Y en recuerdo de David no volveré a poner música esta noche. Buenas noches. Ron cerró. Paul Wright se volvió lentamente hacia su esposa. Tenía la mirada fiera y el semblante endurecido.

—A veces Lyn... temo que algún día me avisen de que ha sido mi propio hijo el que ha cometido una canallada.

—¡Paul! ¡No digas eso...!

—Ruego para que no ocurra, Lyn... —Se aproximó a la mesa y

se dejó caer en una silla apoyando sus manos en la cabeza y mesándose los cabellos—. Pobre David... ¡Dios mío!

—¿Has visto a Gloria?

—Sí. Ha querido ir al depósito... No había nada que hacer. Le recogimos muerto... No quería salir de allí.

—¿Está ya en su casa? El policía asintió.

—Iré a verla. Ahora mismo. Es lo menos que puedo hacer.

—Te acompañaré, Lyn. ¡Pobre mujer! ¡Y todo por culpa de un par de gamberros! Si cayeran en mis manos. Te juro que... — Levantó el puño lanzando al aire una concreta amenaza.

Ron esperó tranquilamente el golpe de la puerta al cerrarse para decir a su compañero:

—Estamos solos. ¿Qué te parece? No tienen ni la menor idea de quién ha sido...

—Es espantoso. Ron. Tu padre anda buscando y nosotros...

—¿Qué diablos quieres, imbécil? ¿Pretendes que le diga: «No busques más, papá. Tienes a los asesinos en casa. Anda, ponnos las esposas tú mismo»?

—¡No me llames asesino! —gritó Deddie frenético—. ¡No fui yo!

Ron se abalanzó sobre él y le zarandeó con fuerza. Gritó fuera de sí mientras su mirada se volvía turbia y amenazante:

—Escucha, hijo de perra. Lo hicimos los dos, ¿comprendes? Si a mí me descubren, tú correrás la misma suerte... ¡Estábamos los dos! ¡No se te olvide, cobarde! ¡O te acordarás!

—¡Suéltame!

Deddie forcejeó para librarse de su amigo que en esos momentos parecía arder en deseos de matarle.

Consiguió empujarle y Ron cayó contra la puerta.

—¡Maldito! —espetó y de un salto se lanzó contra él haciéndole caer sobre la cama.

Deddie se libró por segunda vez y gritó:

—¡Basta! ¡Esto no tiene sentido!

—¡Te acordarás! Hijo de una culebra venenosa...

—¡No insultes a mi ma...! —No continuó porque el puño derecho le machacó la boca tumbándole contra la pared con cuya caída derribó la lámpara de la mesita y la bombilla estalló.

Un hilo de sangre salió de la herida de Deddie, que jadeante se levantó despacio para murmurar:

—Estás loco... Creo que incluso serías capaz de matarme... ¡Quiero marcharme de aquí! ¡Déjame pasar!

—¡No! ¡En tu estado serías capaz de cualquier locura! ¡Tienes miedo, Deddie!

—Déjame pasar. No te preocupes. No volverás a verme más...

—¡Ahora no, Deddie! Mi madre sabe que estás aquí, que somos buenos amigos... Te dije que todo tema que continuar igual...

—¿Amigos? Creo que nunca te conocí realmente, Ron. No tienes corazón...

—¿Me reprochas, Deddie? —Ron rió burlón—. ¿O es el miedo? ¿Por qué no impediste que matara al «poli»? Tú lo estabas mirando...

—¿Yo...? ¡Dios mío! Si no me di cuenta de nada. ¡Te ensañaste con él!

Se dejó caer en la cama y lloriqueó.

—¡Eso! Ahora lámentate como una mujerzuela...

—No temas, Ron... Siento lo ocurrido. Lo siento más de lo que imaginas, pero no tengo valor para ir a contar la verdad. Pero no me busques más. Déjame tranquilo...

—No, Deddie... Tú no te irás por tu cuenta hasta que no hayamos concluido el trabajo. Recuerda que una mujer nos vio. Es la única que puede delatarnos. Cuando haya muerto entonces..., entonces haz lo que quieras. Mátate o ahógate en el Hudson. Pero entre tanto seguiremos juntos... Como buenos amigos, ¿verdad, Deddie?

Y ante el mutismo de su compañero, quebró su fingida calma para gritar frenético, enloquecido:

—¿Verdad?

Deddie se lo quedó mirando fijamente y acabó asintiendo.

CAPÍTULO V

Nancy descolgó el auricular y preguntó:

—Diga.

Le extrañó que alguien pudiera llamarla en aquel almacén, justamente a las ocho de la noche, máxime cuando su jefe, el propio señor Cumberland, se hallaba de viaje.

—Diga —insistió.

Pero al otro lado del hilo no contestó ninguna voz. Sin embargo, Nancy presentía que había alguien. Captaba una respiración contenida.

—Diga...

El chasquido del auricular del teléfono al ser colgado le hizo comprender la realidad de sus sospechas.

Volvió a su trabajo. Estaba terminando de archivar unos papeles y consultó el reloj.

El teléfono volvió a sonar y lo miró con recelo. Dejó que el timbre repitiera por segunda vez y al ir a tomarlo su comunicante colgó.

Aquello le hizo sentirse inquieta. Dejó el trabajo y se encaminó hacia una de las ventanas, sorteando toda suerte de cajas conteniendo viejos y apergaminados apuntes, libros, registros y material destinado a la basura.

Asomó.

La calle estaba bastante mal iluminada, pero pudo ver perfectamente la silueta de un hombre cerca de la cabina telefónica donde mataron al policía.

Suspiró tranquila al reconocer al teniente Yonell.

Sin saber por qué —tal vez el teléfono influyó en ello— necesitaba sentirse protegida.

Poco después salía a la calle.

—¿Qué tal el trabajo? —sonrió Yonell, yendo a su encuentro.

—Le estoy ocasionando muchas molestias, teniente.

—Yo creo que es al revés... Sobre todo si acepta seguir hojeando los álbumes de los recuerdos particulares de la policía.

—¡Oh! Claro... Si lo cree necesario.

—Seguimos igual que ayer, respecto al crimen. No tenemos la menor pista...

Se alejaron hacia la esquina. Yonell había dejado allí su coche.

Ninguno de los dos pudo observar que de entre la oscuridad de las azoteas, alguien estaba observándoles a través de unos prismáticos.

Era Ron Wright, desde luego.

El teniente puso en marcha el automóvil y ella le explicó que ya había visto al hombre que la protegía por orden suya.

—Gracias por su protección —dijo.

—Ya le dije ayer que es lo menos que puedo hacer.

—¡Teniente! He estado pensando algo que tal vez pueda ayudarle. Estoy segura.

El la miró de reojo, y la animó a seguir.

—Bien... Usted dirá.

—Yo puedo ser su cebo.

Yonell guardó silencio. Nancy insistió:

—Sí, teniente... Si usted cree que los asesinos me buscarán para matarme...

—Sé lo que quiere decir —contestó Yonell—. Ya lo había pensado, pero el riesgo es demasiado grande.

—Lo imagino, pero no me importa.

Yonell guardó silencio un buen rato. Condujo con la mirada atenta al tráfico ciudadano y cerca ya del puesto policial repuso:

—A usted le gusta todo esto. Es valiente.

—Me gusta poder hacer algo útil.

—Hemos llegado. Bien. Pensaré lo que me ha dicho, Pero quizá no sea necesario. A lo mejor tenemos suerte y descubre en los álbumes lo que estamos buscando.

Pero Yonell no parecía tener demasiada confianza en lo que decía.

Y aquella noche, fin de semana, el teniente invitó a Nancy a cenar después de que ambos hubieran salido de la brigada.

No había habido suerte y Nancy comentó:

—Usted también está convencido de que no encontraremos a esos asesinos.

—Sí. Tienes razón, Nancy. No los encontraremos. No están fichados...

—Entonces... ¿Acepta lo que le he propuesto?

—No sé. Es peligroso.

—Yo corro los riesgos. Usted ponga a su gente donde prefiera, pero de modo que los asesinos no se den cuenta.

—No debe decirme lo que tengo que hacer. —Perdone.

Yonell sonrió ante la llaneza de su compañera de cena. Ella rió también como si aquella amistad que se había iniciado como consecuencia de un asesinato fuera algo que hubiese estado esperando, que ambos lo hubieran esperado.

Bailaron.

No eran un policía y una testigo. Eran dos amigos. Dos viejos amigos que se divertían durante el fin de semana.

Fuera. En la calle, Ron comentaba:

—Están bailando ahí. Se divierten... Hacen planes para cazarnos. ¡Seguro! ¡Malditos!

Deddie guardaba silencio. Había seguido a su amigo, pero sin participar en absoluto de sus planes.

—¡Bah! Larguémonos. Ahora ya sé de ella todo lo que quería saber. Será fácil. Lo haremos mañana.

—¿Eh? —inquirió Deddie sobresaltado.

—He dicho mañana. Sabes dónde vive, ¿verdad?

—Es una locura.

—¡No! Todo saldrá bien. Ya verás...

—Pero escucha, Ron.

—¡No tengo nada que escuchar! Mañana es sábado... No va al trabajo...

—Es que...

—¡Calla, imbécil! ¿Es que no te das cuenta de que la vigilan? Siempre lleva a un policía cerca de ella.

Deddie no replicó y Ron expuso su plan.

—No podemos atacarla en la calle. Tiene que ser en su casa. En su propia casa. Allí no tendrá a ningún guardaespaldas que la vigile... Ahora pon atención. He dicho mañana. ¿De acuerdo? Y será mañana...

Ron siguió hablando, mientras en el interior del local, Yonell y Nancy aumentaban su amistad por momentos.

Bastante después de la medianoche, el policía dejaba a la muchacha en la puerta de su escalera.

Nancy subió al segundo piso. La casa tenía tres. La parte trasera daba a un gran patio común por donde podía llegarse al callejón que comunicaba con la calle principal.

El apartamento contaba con dos piezas. En la primera tenía cabida el pequeño recibidor y sala todo en la misma superficie. Nancy tenía una pequeña cocina en un rincón disimulada tras una mampara de madera. Luego estaba su dormitorio y los servicios. Era todo. Y esta última pieza recibía la luz de la terraza trasera, igual que la sala, desde cuyas estancias podía salirse al exterior.

Nancy salió a la terraza antes de pasar al dormitorio. La noche era clara, estrellada. Nancy se sintió romántica.

De pronto el teléfono sonó y tuvo un presentimiento. Fue a cogerlo y lo mismo que cuando estaba en la oficina creyó percibir una respiración contenida al otro lado del hilo, pero ninguna voz se dirigió a ella.

—Diga...

Nada. Sólo la sensación de que alguien la acechaba en la distancia, pero nada más.

Colgó.

—Debí decírselo a Yonell —murmuró para sí.

Hizo intención de tomar el teléfono, pero desistió de ello. Anduvo dando vueltas por la estancia. Sintió frío de pronto y se calmó con un cigarrillo. Al menos trató de paliar su inquietud.

—Soy una tonta... A través del teléfono no pueden hacerme nada... —rectificó—. Claro que quizá traten de saber si estoy en casa...

Consumió el cigarrillo y lo aplastó en el cenicero. Se sentó y trató de concentrar su atención en la lectura de un libro, pero no lo consiguió.

—¡Cielos! Nunca me había pasado esto. Yo no soy ninguna miedosa. ¿Qué es lo que temo?

De pronto el teléfono sonó otra vez y no pudo evitar un sobresalto.

Se serenó.

—No contestaré. Que se fastidie quien quiera que sea.
Pero el timbre sonó con la misma monótona insistencia.
Nancy vaciló. Quería mantenerse en su criterio de hacer oídos
sordos.

El timbre seguía sonando. Al fin lo tomó.

—¡Diga! —dijo con voz enérgica.

Una voz suave sonó al otro lado del hilo.

—Me habías intranquilizado, Nancy... —Era Yonell.

—¡Oh! ¿Eres tú? —Y lanzó un suspiro.

—¿Esperabas otra llamada? —preguntó el policía.

—No, no... Es que...

—Te encuentro agitada...

—Me alegro de que hayas llamado —susurró ella recobrando su
normal timbre de voz.

—¿Qué ocurre?

—Es que...

—Vamos. Di... Únicamente pretendía darte las buenas noches.
Me llamaron de la brigada y vuelvo a estar de guardia. Esto a veces
es bastante aburrido. Pero di... Ibas a contarme algo.

—Sí, Yonell. Es una tontería sin duda. No me tomes por una
tonta.

—Tú no eres ninguna tonta.

—Me han llamado un par de veces.

—¿Quién?

—El caso es que no lo sé. Primero fue en el trabajo y ahora aquí
en casa al llegar. Hay alguien al otro lado del hilo, pero no dice
nada. Le oigo respirar tan sólo. Luego cuelga.

Yonell guardó silencio unos momentos, luego replicó:

—No te preocupes. Las llamadas no suelen ser peligrosas. Será
un bromista. Olvídalo.

—Sí, claro. Me puse nerviosa, pero ya pasó. Sobre todo al oír tu
voz, Yonell.

Luego hablaron de otras cosas. Hablaron como hacen los
enamorados. Quizá porque sin darse cuenta Nancy empezaba a
enamorarse del apuesto teniente de la brigada de homicidios.

Pero alguien seguía acechando en la sombra.

Ron, en su casa ya, pensaba en el plan que había especificado a
su amigo. Un plan que significaba la sentencia de muerte para

Nancy.

Tendría lugar a la mañana siguiente.

CAPÍTULO VI

En el mismo solar, frente a la parte trasera de todas las casas que convergían en aquella manzana, había existido un viejo almacén que ahora no era más que un depósito de chatarra.

La pequeña edificación, si así podía llamársela, constaba de unas vallas de madera y un cubierto que protegía una mínima parte del pequeño recinto donde se amontonaban montones de hierros retorcidos oxidados, herrumbrosos. Cajas de madera carcomida por la intemperie y algunos bidones oxidados completaban el amasijo de deshechos entre los cuales se paseaba Ron mientras vigilaba con atención la terraza del segundo piso de la casa.

Eran las ocho y treinta minutos de la mañana del sábado. Ron lo comprobó al tiempo que palpaba el duro objeto que llevaba en el bolsillo posterior de su ajustado pantalón. Era un revólver.

Examinó el arma, junto con el negro tubo acoplable en el cañón: un silenciador.

Sonrió:

—Dentro de un cuarto de hora... si el imbécil de Deddie no me falla... Pero pobre de él que falle... ¡Me lo cargo! Es un cobarde. Y se empieza a poner pesado...

Mentalmente, Ron repasó el plan.

Deddie asomaría a las ocho y cuarenta y dos minutos por el callejón. Sería la señal de que había llegado. Luego se dirigiría a la armería próxima dejándose ver ostensiblemente. Era importante llamar la atención al policía que aguardaba en la calle vigilando la casa de Nancy.

A continuación, Deddie rompería el cristal del escaparate de la armería y echaría a correr echándose encima de la gente. Lo importante era producir un buen alboroto para llamar la atención del policía. Hacerse seguir. Era un riesgo que había que correr y mientras tanto...

Mientras tanto, Ron se habría dirigido a la calle y en ausencia del policía subiría hasta el segundo piso, llamaría al timbre y en cuanto Nancy abriera la puerta...

Ron observó el revólver y murmuró:

—Éste no hará ruido. Nadie se enterará y podré salir tranquilamente...

Pero necesitaba de alguien que distrajera la atención del policía. Y ese alguien ya no podía tardar mucho en llegar.

Volvió a consultar la hora. Las 8,35.

Faltaban diez minutos.

Nancy había tomado un buen baño. Por ser sábado podía permitirse el lujo de levantarse más tarde. Ahora estaba secándose su cabello, mientras un transistor a todo volumen transmitía música y consejos para los que pensaban pasar fuera el fin de semana.

Entre el sonido de la secadora y de la música sobresalió el timbre del teléfono.

—Yonell —exclamó ella.

Sin saber por qué esperaba la llamada del teniente. Quizá más que esperarla era el deseo de tenerla. De hablar de nuevo con él. De oír su voz.

Sin embargo, no era Yonell el que estaba al otro lado del hilo.

—Diga... —preguntó por segunda vez. No contestaron.

«Otra vez con las mismas», se dijo para sí Nancy y en voz alta añadió:

—¡Deje de hacer el idiota! ¡Diga lo que tenga que decir!

En aquel mismo instante alguien advirtió al teniente Yonell cuando se disponía a salir tras haber terminado su servicio:

—¡Eh, teniente! El teléfono...

—¿Qué teléfono?

—El de esa chica que usted nos mandó intervenir. Están llamando. ¿Quiere escuchar?

Yonell acudió a otra estancia. Allí todo estaba dispuesto para oír la conversación.

La voz de Nancy insistió:

—¿Qué se propone llamándome si no se decide a hablar? Si cree que va a asustarme se equivoca... Por fin la voz habló.

—Escuche, señorita, yo no pretendo asustarla... Sólo prevenirla...

Era Deddie. La llamaba desde una cabina telefónica, cerca de su casa, y era precisamente él quien parecía asustado de veras.

—¡Hable! ¿Quién es? —pidió ella.

El teniente seguía la conversación con interés.

—Eso no importa... Quieren matarla. Dentro de... nueve minutos... No abra a nadie la puerta cuando la llamen. O mejor váyase, váyase lejos si no quiere morir.

—¿Quién es usted? —insistió Nancy.

—Eso no importa. Ya la he advertido...

—¡Que averigüen de dónde procede esta llamada! ¡De prisa! —ordenó el teniente Yonell.

—¡Oiga! ¡Oiga! —gritó Nancy desde su casa.

—No tengo nada más que decirle. Hágame caso. Voy a colgar. No diga que no ha sido advertida. Es todo lo que puedo hacer por usted...

—Pero ¿quién es usted? ¡Quiero saber con quién hablo!

—Es alguien que le quiere bien. Adiós.

—¡No! ¡No cuelgue! Espere...

—Es inútil...

Deddie sudaba. Se resistía a abandonar el auricular... Sentía deseos de confesarle la verdad, de estar más rato hablando, de liberarse del peso de su propia conciencia, pero a la vez temía a Ron. Temía a sus iras.

«Si no acudo me matará», se decía a sí mismo, por lo tanto pensaba ir allí, representar la comedia. Lo único que no quería era que se produjera otra muerte.

—¡Por favor! Dígame quién es. ¿Dónde está? ¡Quiero saber...! —inquirió Nancy una vez más.

Deddie permaneció silencioso con el auricular pegado a la oreja...

—¡Oiga! ¿Me oye?

De pronto, Deddie colgó. Faltaban sólo siete minutos para la hora. Dentro de cinco tenía que estar allí para que Ron viese que había cumplido su parte en el plan.

Jadeante salió de la cabina y cerró la puerta. Se apoyó en ella y secó su sudor con el dorso de la mano. Más bien hacía frío, pero él sentía un calor sofocante.

Vio a un policía y volvió el rostro asustado. A través del cristal

se fijó en el hombre de uniforme. Le reconoció. ¡El padre de Ron!

«Que no me vea», pensó.

Iba a cruzar la calle, pero tuvo que detenerse ante el semáforo en rojo. Había mucho tránsito y se decidió a sortearlo, con lo cual llamó la atención al agente.

Wright se volvió al ver al joven. Posiblemente le reconoció y masculló algo entre dientes. Deploraba que su propio hijo se reuniera con aquella clase de vagos.

Entretanto, el teniente Yonell insistía:

—¡Diablo! ¿Es que vais a tardar todo el día para localizar la llamada?

Uno de los agentes regresó con la respuesta:

—Novena Avenida cerca de la esquina con la calle Veinticuatro. Es una cabina pública.

—Esto está cerca del domicilio de Nancy —exclamó Yonell—. ¿Quién está de servicio en la zona? ¡Llámenlo en seguida! ¡Qué averigüen quién ha estado llamando en esa cabina!

En breves segundos se supo el nombre de uno de los agentes.

—¡Wright es uno de los agentes!

—Hum. No me gusta esto.

Yonell pensó que para el agente Wright aquel caso sería algo más que un servicio porque el hombre lo había tomado como algo personal.

—No quiero que ese hombre esté solo. Que refuercen la zona. Llamen a todos los coches.

—¡Sí, teniente!

El oficial que debía suplir a Yonell se aproximó:

—Es mi vez. Si quieres yo me ocupo de todo.

—No, Charlie. Este servicio me afecta personalmente.

Las órdenes empezaron a ser cursadas. La rapidez de maniobra de la policía se puso de manifiesto. Un minuto más tarde, uno de los coches patrulla se detenía ante el agente Wright.

—Buscamos a un individuo que pueda estar relacionado con el asesinato del agente David Robson. Ha efectuado una llamada telefónica desde la cabina de la esquina hace un par de minutos. ¿Vio a alguien?

—¿De la cabina? —Wright reaccionó—. ¡Sí, claro!

Pensó en Deddie. Era él. Le vio perfectamente cuando cruzaba la

calle precipitadamente.

—Bien... ¿Por dónde se fue?

—Por allí. ¡Voy con ustedes! —exclamó Wright.

El auto policial hizo sonar la sirena mientras uno de los agentes informaba:

—Hemos localizado la cabina. Intentamos seguir los pasos del individuo que llamó. Ha sido identificado por un agente. Seguimos por la calle Veinticuatro en dirección a la Novena Avenida.

—De acuerdo, manténganos informados.

Yonell salió de la brigada y tomó su coche.

—¡Llévate a un par de hombres! —le indicó un compañero.

—No hará falta —repuso el teniente, saltando materialmente sobre el volante del vehículo.

Tenía la plena convicción de que el individuo que había llamado a Nancy era uno de los asesinos y que estaba justamente rondando los barrios de la muchacha. Si le detenía el otro no tardaría en caer y a la par que cumplía con su deber de policía, libraba de un peligro a la muchacha.

Aceleró la marcha cuanto pudo para dirigirse hasta el punto donde había sido visto el sospechoso.

Deddie por su parte se hallaba ya cerca del callejón cuando escuchó el pitido del automóvil de la policía. Perdió los nervios y aceleró la marcha. Corrió cruzando alocadamente la calle. Un coche frenó bruscamente para no atropellarle y otro tuvo que subirse prácticamente a la acera.

—¡Por allí! —indicó el conductor del vehículo en el que Wright se había montado.

—¡Sí, ya le veo! —exclamó Wright—. Conozco a ese sujeto.

Deddie terminó de cruzar la calle sin escuchar los improperios de los conductores de los vehículos a los que había obligado a detenerse.

Se metió en el callejón en el momento en que el coche patrulla se detenía cerca de la armería.

—Se ha metido en esa calleja —indicó Wright y fue el primero en abrir la marcha al tiempo que sacaba su revólver de reglamento.

—¡Alto! ¡Detente!

Deddie sí escuchó la voz, pero ya se había metido en el solar interior procurando poner tierra de por medio.

Ron asomó y le vio venir a todo correr mientras nuevas sirenas procedentes de la calle principal anunciaban la llegada de otros coches de la policía.

—¡Maldita sea! ¿Qué pasa? —exclamó.

Deddie entró como una exhalación y se apoyó en la pared de viejas tablas de madera tratando de recuperar la respiración.

—La policía... Me han descubierto.

—¡Estúpido...!

—¡Cierra!

Ron asomó al tiempo de ver a varios agentes asomar. Se metió dentro rápidamente y cerró atrancando la puerta con un travesaño. Se volvió hacia su compinche y le zarandeó.

—¿Qué diablos has hecho?

—Nada... No sé... De pronto han empezado a perseguirme...

—Pero ¿por qué? ¡Nadie tiene nada contra ti! ¿Por qué te has puesto a correr?

Antes de que Deddie pudiera contestar les llegó la voz de uno de los agentes.

—Sé que estás ahí, muchacho. Es mejor que salgas por tu propia voluntad. No nos obligues a intervenir por la fuerza.

—¡Maldita sea! ¡Lo has estropeado todo! —rugió Ron.

Deddie dejó deslizar su espalda por la pared y se sentó en el sucio suelo.

Ron sacó su revólver y asomó por uno de los múltiples agujeros de la empalizada.

—¡No! ¡No utilices esto! —dijo Deddie.

—No me digas lo que tengo que hacer... ¡No me sirves para nada!

Un policía ahuecó las manos e insistió:

—Sé que estás ahí, muchacho... Sólo queremos hablar contigo con calma. Sal con las manos en alto.

Ron hizo asomar el cañón de su revólver y apretó el gatillo.

El agente saltó a un lado y se dejó caer en el suelo, mascullando:

—¡Va armado!

—Déjemelo a mí —adujo Wright, saliendo del callejón.

—Cuidado —le advirtieron.

—Conozco a este chico —repuso el agente.

Ron hizo asomar nuevamente el arma y esta vez Deddie saltó

sobre él.

—¡No! ¡Vas a disparar contra tu propio padre!

—¿Qué dices?

—¡Está ahí! Me ha reconocido... Ron palideció por primera vez, pero se repuso en seguida.

—¡Imbécil! Hijo de...

No concluyó. La voz de su padre sonó algo más cerca.

—¡Te he visto, Deddie! ¡Sal! Soy Wright. Me conoces perfectamente. He dicho que salgas...

Ron, sin dejar de apuntar, observó por otro pequeño agujero y vio a su padre avanzar lentamente. Iba armado.

—¿Me has oído, Deddie? Es inútil que te resistas. Estás rodeado. Vengo hacia aquí y voy a entrar. —Y el policía siguió avanzando...

Ron miró al asustado Deddie y una sonrisa añoró en su semblante. Acababa de tener una idea.

—Green que estás solo. Únicamente te han visto a ti —murmuró.

Deddie dejó de mirar a través del resquicio de la empalizada y se volvió hacia su compañero interrogándole con la mirada.

Ron continuó.

—¡Claro! Para ellos sólo estás tú... Incluso para mi padre.

—¿Qué...? —empezó Deddie.

Ron le encañonó con el revólver. Deddie agrandó los ojos.

—¿Qué es lo que te propones?

Ron sonrió y dejó de apuntarle para disparar al aire varias veces. Se oyeron voces gritar:

—¡Al suelo! ¡Está atacando!

Ron observó cómo su propio padre se echaba sobre el solar a la vez que disparaba también.

—¡Deddie! No me obligues a matarte... ¡Estás loco! ¡Entrégate!

Deddie iba a decir algo. Estaba asustado, temblaba, pero Ron se le anticipó disparando de nuevo.

El agente Wright tuvo rápida ayuda en sus compañeros que parapetados en distintos lugares abrieron fuego hacia la empalizada que rodeaba el viejo almacén.

El sonido de los disparos se hizo ensordecedor. Deddie gritó algo ininteligible y Ron le apuntó a bocajarro.

—¡No! —gritó su compinche.

Pero Ron apretaba ya el gatillo. El estampido de su disparo se

confundió con los de la policía y Deddie cayó herido en la cabeza.

Quedó inmóvil en el suelo con los ojos abiertos por la sorpresa, por la muerte inesperada que le llegaba a traición.

Ron le observó un instante. Sabía que estaba muerto. Su certera bala había terminado con su amigo. Y ahora era todo silencio. El crepitar de las armas había cesado. Estaba solo. Y la policía —su padre incluido— tenía la certeza de que ya nadie volvería a disparar desde el otro lado de la empalizada.

—Es justo lo que quería —musitó Ron—. Ahora creerán que le han matado ellos mismos. Me conviene que así sea. Lo siento, Deddie, eras demasiado cobarde para enfrentarte con una situación como ésta. Lo siento, pero quiero seguir viviendo. ¡Libre! Tú ya no puedes molestarme...

Los agentes avanzaron de nuevo. Wright volvía a caminar al frente de sus compañeros. —¡Deddie!— gritó de nuevo.

Ron saltó la tapia por la parte trasera y quedó oculto entre los desniveles. Allí permaneció mientras los agentes ganaban la entrada del almacén. Desde allí escuchó la voz de su padre.

—¡Maldito testarudo!

—¿Qué pasa, Wright? —gritó alguien.

—Está muerto.

Otra voz adujo:

—Una de nuestras balas le habrá alcanzado... ¿Estaba solo?

—Ahora echaremos un vistazo...

Ron sonrió pegado en aquella especie de trinchera formada por los desmontes y los escombros. Escuchaba el ir y venir de los policías, sus voces y se sentía libre...

CAPÍTULO VII

—Cuando me dijiste lo de las llamadas telefónicas hice intervenir tu teléfono —explicó el teniente Yonell—. Así pudimos captar la comunicación de ese desgraciado.

Franqueó la entrada a Nancy y ambos recorrieron el largo corredor del depósito hasta llegar a la sala donde yacía el cuerpo de Deddie.

—No será nada agradable —murmuró el policía.

—Estoy dispuesta —repuso la muchacha.

Un empleado levantó el lienzo que cubría el cuerpo sin vida de Deddie y ella observó su rostro, limpio ya de la sangre producida por la bala mortal.

—Sí —asintió Nancy—. Es uno de ellos. Le recuerdo perfectamente.

A un ademán de Yonell, el empleado volvió a cubrir el cadáver y la pareja se alejó de la sala.

—Ahora falta el otro. Éste es el que te llamó por teléfono previniéndote... Lo cual hace suponer que de ambos ese que has identificado era el menos peligroso.

—Por lo que yo sigo siendo su objetivo —adujo Nancy—. Es eso, ¿verdad?

—Sí. Así es. Y no me gusta nada. Tú sigues siendo la única testigo ocular de su crimen e intentará matarte como lo ha intentado ahora. Pero él sabe que te vigilamos...

Salieron a la calle y entraron en una cafetería.

—Déjame hacer de cebo —murmuró ella resuelta.

—Ya eres el cebo —repuso el teniente.

—No. Porque «él» sabe que estoy vigilada.

—Ahora menos que nunca puedo dejar de protegerte, Nancy. Este hombre está desesperado. Sabe que le pisamos los talones y estará maquinando algo. Lo sé... Lo presiento.

Y Yonell no se equivocaba porque...

Ron se hallaba en su casa. En sus manos tenía un plano de la casa de Nancy, las esquinas, las tiendas próximas, las calles adyacentes.

Lo rompió en un arrebato.

—Maldita sea... Todo hubiera podido terminar esta mañana... Ahora tendré que hacerlo de otro modo.

Observó el periódico de la noche donde se informaba acerca de la muerte de Deddie y había una referencia a Nancy:

«Uno de los asesinos sigue en libertad. Sólo una mujer puede identificarle. Nancy Stevens, quien afirma que jamás podrá olvidar el rostro del asesino».

Ron tiró el periódico contra la cama y se dirigió al lavabo en cuyo espejo se miró largamente, acariciando sus melenas.

—Ella recuerda un rostro, pero...

Tuvo una idea y sonrió. Miró las tijeras que tenía a su alcance y acentuó su sonrisa.

Al salir del lavabo se encontró con la mirada severa de su madre.

Ron bajó los ojos. No resistió aquella mirada acusadora que no era la primera vez que observaba en su madre, muy especialmente desde la noche que mató al policía.

«Tonterías —había pensado a menudo—. Son figuraciones mías».

Pero aquella vez su madre hizo algo más que mirarle. Le habló. Lo hizo sin tapujos:

—¿Tú lo sabías, Ron?

—Saber, ¿qué?

—No contestes con evasivas... Aquella noche tú y Deddie estabais juntos...

—¿Y qué? —Ron se encogió de hombros e hizo acción de pasar hacia la puerta de salida.

—No, Ron... Acusan a Deddie del asesinato de un policía. Él fue quien llamó por teléfono a esa chica que vio a los dos asesinos... Lo ha identificado. Lo traen los periódicos...

—¡Y a mí qué me cuentas, mamá! Yo no soy la niñera de

Deddie...

—Pero esa noche estabais juntos.

Ron trató de reponerse para replicar con aplomo:

—Si él mató a ese policía no es asunto mío. ¿O crees que yo he tenido algo que ver?

Intentó y consiguió aguantar la mirada agresiva de su madre.

—Ron —repuso ella calmosamente—. Recuerdo que dijiste que llevabais tiempo en la casa. Yo no os oí llegar...

—No es culpa mía.

—¡Ron! —exclamó la madre—. ¡Por el amor de Dios! Sabes perfectamente lo que quiero decir. Si llevabais mucho tiempo en casa él no pudo matar a David, porque el crimen se cometió minutos antes de que yo hablara contigo, ¿comprendes?

—Sí, mamá... Comprendo... Está bien, está bien. Te diré la verdad... —Lanzó un suspiro e ingenió una mentira que podía tomarse como una verdad lógica—. El que estaba en casa era yo. David vino después...

—No le oí llamar.

—No llamó. Entró por la escalera de incendios. Me dijo que tú estabas en la cocina y que no le habías visto y pidió que si alguien preguntara por el tiempo que llevaba en casa le hiciera el favor de responder que habíamos estado juntos. Eso es todo. Yo ignoraba todo ese jaleo de la muerte de ese policía.

—¡No le llames ese policía con tanto desprecio! Era amigo de tu padre. ¡Amigo nuestro! Y a ti te apreciaba... ¿O es que lo has olvidado?

—Mamá, lo siento —repuso Ron impaciente—. Yo no sabía nada. Hice un favor a un amigo, pero ignoraba que acababa de matar a alguien. ¿O es que quieres complicarme en esto? ¡Yo no sé nada! Me alegro de que Deddie haya muerto. Todavía habría terminado cargándome las culpas...

La madre de Ron volvió a clavarle la mirada. Ahora más que otra cosa era súplica lo que había en sus ojos, temor... y un aliento de esperanza en las palabras de su hijo.

—Iban dos... —murmuró aún la mujer.

—Lo sé. Lo he leído, mamá.

—¿Tú no sabes quién puede ser el otro amigo de Deddie?

—No, mamá...

—Tu padre te hará las mismas preguntas...

—Me lo he estado imaginando desde que leí el periódico. ¡Maldita sea! ¡Yo no tengo nada que ver! Y déjame, por favor... Voy a hacer algo que os alegrará... Ya verás. —Sonrió y su risa pareció normal, natural, sincera—. Sí... Quizá os he dado preocupaciones por falta de mutua comprensión... Mis melenas, por ejemplo. Sé que papá las odia. Bien... Voy a cortármelas. Iré limpio y aseado... —Y añadió—: No quiero amigos como Deddie. Uno nunca sabe cómo piensan en realidad. ¡Ya lo ves, mamá, voy a ser otro!

Y salió de la casa. Lo hizo de un modo alegre, despreocupado, pero le quedó la terrible duda de si había logrado engañar de veras a su madre.

Por la calle sentía los terribles y angustiados ojos de la mujer, pero sabía al mismo tiempo que no podía volverse atrás. Tenía que seguir adelante, burlar a la policía y...

Su obsesión era Nancy...

CAPÍTULO VIII

Ron se observó largamente al espejo. Su aspecto estaba totalmente cambiado.

Sin la larga melena, con la laca que le mantenía el cabello perfectamente peinado se sintió hasta atractivo.

—Igual que un señoritingo —se dijo arrugando el ceño—. Pero... ¡Psé! No está mal.

Observó una de sus fotos de la época melenuda y la comparó ante el espejo con su rostro actual.

Pasó más fotos y en una de ellas se vio junto a Deddie. La miró un instante y sin poderse contener la hizo añicos.

Luego volvió su mirada al espejo.

No. Decididamente había hecho un cambio tan grande que...

Nancy Stevens no podrá reconocerme... —murmuró—. Y voy a hacer la prueba. ¡Ahora mismo!

—Espero que os guste más con el cabello corto —dijo a su madre al salir de casa, con expresión alegre—. Hay quien mide las buenas intenciones de los jóvenes por la longitud del pelo. ¡Hasta la vista!

Ron se cruzó con su padre en la escalera, al que saludó con un dinámico:

—¡Bien venido al hogar, policía!

Su padre se lo quedó mirando. Le extrañó la actitud de su hijo. Y sacudió la cabeza pensativamente. Luego, el hombre al llegar a su casa con aspecto de cansancio más moral que físico, murmuró:

Salió de su cuarto.

—¿Qué le pasa a... ése? ¿Qué mosca le ha picado?

—Se ha cortado el pelo —dijo escuetamente la madre.

—Sí. Ya lo he visto. Parece otro... —Hizo una ligera pausa y añadió—: Oye... No he podido hablar muy abiertamente con Ron... O quizá, por decirlo de otra manera..., a veces me da miedo

hablarle más directamente... Nuestro hijo no es una joya precisamente.

—Hay muchos como él —replicó la mujer yéndose hacia la cocina.

—¡No, espera! Quería hablar contigo seriamente antes de enfrentarme con él. Tú ya me entiendes.

La mujer guardó silencio.

—Se trata de esa noche... Estaban juntos. El y Deddie.

—Sí.

—Y vinieron juntos de la calle.

—No.

—¿Deddie vino antes o después?

—Hablé con Ron de esto...

—Luego te preocupa. Piensas acaso que...

Su esposa le interrumpió:

—¡No, Wright! No puedo pensar que nuestro hijo...

Se detuvo. El policía miró largamente a su mujer en silencio, como si en el fondo temieran enfrentarse con la verdad.

—Eran dos, ¿sabes? —dijo al fin.

—Lo sé. Pero Ron no tuvo que ver. Es más. Creo que lo ocurrido le ha impresionado. Se ha cortado el pelo y pienso que desea cambiar. Quizá se ha dado cuenta de que seguía un mal camino con amigos como Deddie.

—Desgraciadamente, Deddie está muerto. El no podrá atestiguar jamás... No podrá decir quién le acompañaba esa noche... Pero hay algo bastante claro en todo ese asunto. Deddie no era el peor de los dos. El intentó prevenir a esa chica, a Nancy Stevens. La llamó por teléfono advirtiéndola de que iban a matarla.

Su esposa le miró fijamente y en silencio.

—Sí, querida... Era el otro el peor. Quizá el asesino. Seguro que fue quien mató a David. Me refiero «al otro», al compañero de Deddie.

—Bueno, Wright... Seguro que le detendréis... Esa muchacha puede identificarle, ¿verdad?

El policía asintió. Luego se hizo el silencio entre los dos. Como si la sombra de una duda no les dejara ser más sinceros.

Fue el agente Wright quien insistió:

—Mira... sé que es duro esto... Pero tengo que saber dónde

estaba nuestro hijo en el momento de cometerse ese crimen.

—En casa —repuso la mujer quedamente.

—¿Podrías jurarlo?

—¡El lo dijo, Wright! No busques misterios donde no los hay.

—Ojalá fueran sólo misterios. Pero a veces... Tengo miedo. Por eso te he consultado. Tú conoces mejor a Ron, quizá has intentado conocerle mejor, por eso pensé que tú... podrías ayudarme.

—Ojalá pudiera —fue la respuesta enigmática de la mujer yéndose ya definitivamente a la cocina para no continuar con aquel tema. Ella también dudaba. Igualmente sentía miedo; pero desconocía totalmente la verdad y tal vez prefería ignorarla humanamente. Aunque a veces...

—No... No puede ser él —se dijo a sí misma resueltamente al tiempo que se entregaba con desgana a la tarea de limpiar los cacharros de la cocina.

Y entretanto, Ron se hallaba cerca de la oficina donde por las mañanas prestaba sus servicios Nancy. Era en el centro, en un notable edificio cercano al Central Park.

Había sonado la hora del descanso de mediodía y los empleados acudían a las cercanas cafeterías.

En la planta baja del mismo edificio donde radicaba la Cumberland había un restaurante automático y Ron entró decidido como un cliente más.

Observó a Nancy que se dirigía junto con otra compañera de trabajo hacia la amplia sala del comedor. La abordó:

—Disculpe... Usted no me conoce. Soy Ronald Wright y desearía hablar con usted. Si me permite compartir su mesa podríamos charlar tranquilamente mientras comemos.

Ella le miró fijamente.

Por unos instantes se hizo el silencio. Ron sonreía aguantando la mirada de la muchacha. Se jugaba mucho en el envite, pero era un riesgo calculado. Debía correrlo. Era su última baza.

—No me ha contestado, señorita Stevens... Porque es usted la señorita Nancy Stevens, ¿verdad?

Y le mostró un periódico donde aparecía la fotografía de Nancy relacionada con su condición de única testigo del crimen por él cometido.

—¡Oh sí! —Ella pareció reaccionar, pero su leve sonrisa no

disipó sus evidentes dudas.

—Le aclararé mi identificación —repuso Ron afrontando con osadía la situación—. Mi padre era íntimo amigo del agente que mataron en su presencia.

—¡Oh! Bueno... Podemos comer juntos. Aunque no tengo mucho tiempo —advirtió ella.

—No importa. Si nos queda algo por decir siempre nos queda la noche. Yo vivo cerca del barrio donde usted trabaja por las tardes. En la calle de al lado... ¿Por qué me mira así? ¿Le sorprende acaso que desee hablar con usted?

—Bueno... La verdad es que esperaba... En fin... Vayamos a las máquinas...

Indicó las automáticas que servían los alimentos y Ron se ofreció a servirla.

—Permítame que sea yo quien la invite.

—De ninguna manera...

—¡Por favor! Siéntese usted. Yo iré con la bandeja, ¿eh? ¿Le gusta el consomé? ¿O prefiere un buen bocadillo de filete? ¿Me deja elegir a mí?

Prácticamente no la dejó hablar. Le indicó una mesa, le guiñó el ojo y se fue hacia las máquinas automáticas expendedoras de alimento.

Elegió dos platos de estofado, tomó el pan, la salsa, tarta de manzana y un par de botellas de cerveza con lo cual se dirigió a la mesa que ocupaba Nancy un tanto aturdida y confusa por el proceder de su inesperado anfitrión que se sentó frente a ella y la sirvió con presteza.

—No soy muy buen camarero. Espero al menos haber sabido elegir. ¿Le gusta la tarta de manzana? ¿Y qué me dice del estofado? Bueno... No será como el que hace mi madre. En estos sitios no se destacan por la buena comida precisamente, pero con tan poco tiempo no se puede elegir... Bueno. Ya está servida. Espero no molestarla. ¿Esperaba usted a alguien?

—No, no. Pero no comprendo su interés por...

—Se lo diré en pocas palabras. Yo era amigo de Deddie...

—¿Deddie?

—El muchacho que mataron cerca de su casa. Mi padre me lo contó. —Y esperó el efecto que hacían sus palabras.

—¡Oh! Usted era amigo de...

—Sí. Puede parecer paradójico, pero, esa noche estuve con él... ¡Oh! No precisamente en el momento del crimen. Verá... Deddie vino a mi casa después de haber hecho lo que hizo. Yo no sabía nada. Llegó tranquilamente y me dijo que le apetecía escuchar música. Yo... Yo estaba solo y le dije que se quedara como tantas otras veces... Ignoraba la terrible verdad...

Ron siguió hablando con naturalidad, imprimiendo en las inflexiones de su voz una nota ligeramente enfática cuando tocaba el hecho concreto del crimen. Su forma de expresarse era absolutamente normal e impersonal como si a él no le atañera de un modo directo... Era una comedia que le salía a la perfección y prosiguió:

—No supe cómo era en realidad Deddie hasta que me enteré de su muerte... por la complicación en ese terrible hecho que ha dejado anonadada a mi familia. Ya se lo he dicho, David era un gran amigo de mi padre, y mi madre y la esposa de ese agente se veían con frecuencia... Es un caso que nos tiene a todos verdaderamente impresionados.

—Lo comprendo —murmuró ella.

—Bien. Ya sé que usted no puede hacer más de lo que ha hecho... Si alguna vez se encuentra cara a cara con el criminal... Bueno, me refiero al cómplice de David, sabrá identificarle, pero puede pasar tiempo... No se dejará sorprender fácilmente. E intentará matarla otra vez... como ya lo hizo.

—Sí. Es posible. Pero no acabo de entender...

—Coma, por favor —sonrió él atajándola con una amplia sonrisa—. Por favor, se está enfriando el estofado y no está tan mal como pensaba... ¡Oh! Insisto que es mejor el de mi madre, por supuesto. —Y Ron comía con evidente apetito.

Nancy seguía un tanto confusa, pero dejó que él tomara nuevamente la iniciativa.

—Verá, Nancy... La verdad es que mi condición de amigo de Deddie me pone en una situación violenta ante mi familia. No me dicen nada por supuesto, pero noto como una cierta actitud de reproche... Yo tengo veintidós años y la verdad es que no he hecho gran cosa de provecho... Estoy estudiando y jamás me he distinguido en ello. Trabajo en lo que sale para salir del paso, pero

no ayudo a mi familia. Ellos me mantienen. Ésa es la verdad... Bien, le explico todo esto para hacerle un retrato de mi persona. Sé que me tienen como a un vago, amante de deambular por las calles y de reunirme con personas poco gratas... Y ese abominable asesinato ha sido la gota que ha desbordado el vaso...

Ella le miraba con interés. Las palabras de Ron le parecían sinceras y espontáneas y quiso seguir las hasta el final, aun a costa de no probar apenas aquella carne que él le había servido y había pagado.

—Por supuesto yo no tengo nada que ver en lo de Deddie. De lo contrario ahora no me hallaría en su presencia... Bien, me he propuesto descubrir al asesino. Hacer lo posible para que sea apresado y por eso estoy aquí, usted puede ayudarme.

—Estoy ayudando a la policía —repuso ella.

—Lo sé, lo sé... Pero desengáñese. Por experiencia no ignoro que para la policía éste es un caso más. No le dedican más atención que a otros crímenes que se cometen todos los días en nuestra ciudad... Yo quisiera hacer más, ¿comprende? Es por mí mismo. Por mi familia. No quiero que vean en mí a un parásito. Y si un amigo mío cometió un acto violento..., pienso que de esta forma es un medio de repararlo..., de proclamar que yo no soy como él, aunque un día me honrara con mi amistad... ¿Me comprende usted?

Las palabras de Ron sonaban a una gran dignidad. No había forma de interpretarlas de otra manera y Nancy pareció convencida.

—Sí, por supuesto. Su actitud le honra. Y pienso que no se ha descrito usted como realmente es.

—Le he dicho la verdad.

—Tiene usted buenos sentimientos.

—Eso sí. Puede estar segura. Siempre me inspiran los mejores sentimientos. —Y la miró muy fijamente, tanto que hasta consiguió turbarla.

Nancy carraspeó.

—Por un momento... cuando vino hacia mí... —se interrumpió.

—¿Qué...? —preguntó él con anhelo.

—Pues pensé que usted era...

—¿Qué?

—¡Oh! Una tontería.

—Dígallo. Ya me pareció que me miraba como si estuviera

asustada.

—Bueno. Creí que le había visto antes. Eso es todo.

—Es fácil confundirse —sonrió él.

—El tiempo se termina.

—Y usted no ha comido nada. ¿Nos vemos esta tarde al salir?

—No sé si podré...

—¿Por qué no? La verdad es que quiero saber más detalles. ¿Comprende? Usted puede ayudarme. —Es que no sé cómo...

—Reconstruyendo todo... Quizá yo conozca también a ese compañero de Deddie. Podría investigar entre su ambiente... La verdad es que yo no conocía a todos los amigos de Deddie, pero sí a algunos. Si usted me lo describiera... Allí. Allí mismo donde ocurrió. ¡Deme su teléfono! La llamaré. No se comprometa con nadie. Fíjese que lo que le pido es doblemente justo. Atrapar a un criminal y hacer algo... para los míos. Para demostrarles que no soy un parásito.

Ella levantó los ojos hacia lo alto para saludar a alguien. Ron ni siquiera se había dado cuenta de la presencia del teniente Yonell que estaba a su espalda.

—¡Oh! No te esperaba —sonrió ella. Ron se volvió de repente y reconoció al teniente por haberlo visto alguna que otra vez a distancia. Pensó que afortunadamente Yonell no le conocía a él.

—¿Molesto? —inquirió el policía.

—Por mí no. Si es amigo suyo puede sentarse —repuso el joven.

Nancy efectuó las presentaciones:

—Es el teniente Yonell. Ronald Wright.

—¿Wright? —inquirió el teniente que seguía en pie. Se habían levantado los dos.

—Sí, teniente. Soy el hijo del agente Wright. Estaba hablando de ese desgraciado asunto con la señorita Stevens.

—¡Oh! —repuso el oficial de la policía y el propio Ron se despidió.

—Bueno. No les molesto. Recuerde nuestra cita, Nancy. La llamaré, ¿eh? Buscaré el número en el listín. Hasta luego. ¡Teniente!

—Encantado, muchacho.

—Ojalá tenga suerte en el caso. ¡Adiós!

Nancy y Yonell le vieron alejarse.

—¿Le conocías? —preguntó el policía.

—No. Es la primera vez.

—Sabía que Wright tenía un hijo, pero tampoco le había visto.
¿Qué quería?

—Bueno... Ha sido todo un poco extraño, pero parece que tiene sus razones.

—¿Razones? ¿Qué razones?

—Quiere descubrir al asesino a toda costa.

—Hum... Cuéntamelo. Tenemos tiempo de tomarnos un café, ¿verdad?

—Cinco minutos.

CAPÍTULO IX

No era ciertamente un barrio recomendable para pasear con una muchacha el que había elegido Ron. Nancy, sin embargo, no parecía sentirse asustada. Miraba los rostros semiocultos por la oscuridad a causa de la escasa luz y observaba toda la gama de sujetos con aspecto de delincuentes que aparecían por doquier.

Vagos barbudos en poses indolentes sentados en las escalinatas previas a la entrada de viejos edificios, pandillas de desocupados que soltaban patadas a las bolsas y cubos de basura depositadas junto a los callejones, pequeñas timbas organizadas sobre la misma acera donde algunos grupos se jugaban el dinero.

Tugurios mal iluminados y repletos de gentes de mal vivir formaban parte de la decoración de aquel improvisado paseo.

—Me gustaría llevarla por otros lugares más dignos de usted, Nancy... Pero tengo la esperanza de que sólo en sitios así puede ocultarse el compañero del policía. Abra bien los ojos y no tenga miedo. Va usted conmigo.

Ella se había vuelto en un par de ocasiones buscando al policía que normalmente seguía sus pasos. Se inquietó al no distinguirlo, pero por otra parte Ron le daba una cierta seguridad. La cogía con fuerza por el brazo y hasta aquel momento, pese a que se sentía acuchillada por las miradas de toda clase de sujetos, no había ocurrido nada.

—¿Usted frecuente esto, Ronald?

—Alguna vez vine con Deddie. Pero no son mis barrios favoritos —repuso sin dejar de mirar en derredor.

Fue entonces cuando surgieron dos sujetos. Barbudos ambos, sucios, vistiendo ajustados tejanos y chaquetas de cuero, calzaban botas los dos y debían llevar mucho tiempo sin preocuparse por su limpieza y aseo personal.

El más alto se plantó ante la pareja. El otro a su lado les impedía

igualmente el paso.

—A ti te conozco, ¿verdad? —inquirió el sujeto que más o menos debía tener la misma edad de Ron, aunque por la barba pudiera aparentar ser mayor.

—Tal vez. El mundo es un pañuelo, pero yo a ti no te conozco.

—¿Estás seguro?

—¿Cómo te llamas? —inquirió Ron calmadamente, sintiendo que la muchacha era la que ahora se sujetaba con mayor fuerza en su brazo.

—Me llaman Chino. Soy prochino. ¿Y tú?

—Yo soy «proyo».

—Gracioso, ¿eh?

—Apártate, amigo. Ya ves que no tenemos nada en común.

—A tu chica no la he visto nunca, pero no está nada mal... ¿Qué demonios se os ha perdido en esta calle?

—La calle es de todos. No buscamos nada. Aparta, Chino —hizo intención de apartarle.

—Da la vuelta si quieres pasar. Tienes sitio. —El llamado Chino le hizo ademán de que bajara a la calzada.

Ron le midió con la mirada. Se mascaba la pelea que Nancy quiso evitar.

—Bueno, vámonos.

—Ésos se creen los amos de todo.

—No busques jaleo, Ronald —le tuteó temerosa.

—Ocurre lo que ocurre porque nadie les planta cara. Aparta...

Chino metió mano en el bolsillo y sacó un objeto. Nancy ahogó un grito aún sin saber que se trataba de una navaja automática que Chino esgrimió presionando el resorte para dejar libre la hoja.

Casi de inmediato Ron se soltó de la muchacha y de una patada alcanzó el brazo armado de Chino, haciendo que el arma le cayera al suelo mientras el agredido lanzaba un grito.

El compañero de Chino intentó alcanzar la navaja, pero de nuevo el pie de Ron funcionó y alejó el arma hacia el centro de la calle.

Chino reaccionó y Nancy le advirtió:

—Cuidado.

Ron no era un novato en las luchas callejeras y quiso lucirse, esquivando el golpe al tiempo que pegaba con fuerza en el bajo

vientre de su antagonista.

La pelea había movido la curiosidad de otros desocupados que se aproximaron lentamente mientras el compañero de Chino lanzaba un directo que alcanzó a Ron y le derribó contra una barandilla. Reaccionó Ron pasando al ataque con saña. Peleaba al estilo de aquella gente, golpeando sin miramientos y eligiendo los sitios más vulnerables de sus antagonistas.

Nancy miraba aterrada la pela en la que iban a tomar parte otros contendientes con una actitud claramente en contra de Ron, que siguió defendiéndose de Chino para verse rodeado por un grupo de otros cinco que le rodeaban.

—¡Vámonos, Ronald! ¡Huyamos!

—Que se calle ésa, Hugh —dijo alguien.

Hugh era un tipo de poca estatura, ojos pequeños y mirada salvaje. Atenazó a Nancy que gritó:

—¡Suéltame!

Ron saltó en defensa de la muchacha, pero fue bruscamente detenido por una patada que le alcanzó al bajo vientre y le hizo retorcerse de dolor.

—¡Salvajes! —gritó Nancy.

Ron intentó levantarse, pero se sintió sujetado por dos brazos poderosos, mientras dos pares de puños buscaban su cuerpo para machacarle sin piedad.

—Tipos como éste merecen su merecido —dijo Hugh—. ¡Dadle fuerte! ¡Reventadle!

Nancy intentó desasirse de los poderosos brazos de Hugh que murmuró:

—Quieta, chivata... Sabemos quién eres.

Ahora era Chino el que golpeaba con saña a Ron, mientras seguía sujeto por los que le impedían defenderse.

Los golpes estaban desfigurando el rostro del hijo del policía y todo su cuerpo le dolía intensamente, pero aún se removía.

—¡Malditos! Os acordaréis de esto...

Otro golpe le hizo callar, cuando las sirenas de un par de coches de la policía anunciaron su inmediata presencia.

—¡Ya están ahí esos hijos de perra! —espetó Chino.

En un momento la calle quedó desierta. Todos huyeron como si de antemano tuvieran prevista la fuga para casos como aquél.

Nancy corrió en auxilio de Ron que se había desplomado, inconsciente, con el rostro convertido de una llaga viva.

Así le encontró la policía. Hecho un guñapo. El teniente Yonell se aproximó a Nancy y murmuró:

—Lo siento. No pude llegar antes. Cuando me avisaron de lo que sucedía mandé los coches...

Ella murmuró:

—Ronald cree que el asesino del policía está en estos barrios. Por eso me trajo aquí.

Miró atentamente al chico, del cual uno de los agentes murmuró:

—Tardará tiempo en salir de ésta. Le han pegado a modo.

Yonell murmuró:

—De buena se ha librado. Habrá que avisar a su padre. Y suerte que alguien os estaba siguiendo.

—Creí que no había nadie. Miré un par de veces y no vi a nadie.

—Ahora menos que nunca puedes andar sola, Nancy.

Llegó la ambulancia y Yonell tomó del brazo a la muchacha.

—Bueno, vámonos.

—¿No vais a detener a los que han hecho esto?

—¿A quiénes, Nancy?

—Puedo reconocer a algunos.

—Te estás creando nuevos enemigos cada día.

—No importa, pero es una injusticia dejar impune esto...

—Cincuenta testimonios contra dos. Dirán que os habéis metido con ellos. Me sé la cantinela, Nancy. Podríamos detener a dos o tres, quizá a media docena. A las cuarenta y ocho horas volverían a estar en la calle... No. No es tan fácil, créeme...

Se alejaron cuando los camilleros depositaban en la ambulancia al maltrecho Ron, que a pesar de su derrota en la pelea había conseguido una importante victoria. La victoria que precisamente estaba deseando, porque en esos momentos y junto a Yonell en el coche en el que el teniente acompañaba a Nancy, ésta decía:

—Pobre Ronald... Quiero ir a verle en el hospital.

Sí. Su victoria era haberse ganado la simpatía de... su peor enemiga.

CAPÍTULO X

—¿Por qué lo hiciste? Éste no era trabajo tuyo —le había dicho su padre en una de sus visitas al hospital, donde Ron se reponía más rápidamente de lo que en principio se pensó.

—Yo todo lo hago mal, padre... Pero me propuse descubrir al asesino de tu amigo David antes que vosotros... O tal vez antes de que asesinen a esa muchacha...

—Trato de comprender tus motivos, muchacho, pero nadie te pidió...

—Dejémoslo, padre. Olvidas que Deddie era amigo mío y que aquella noche estuvimos juntos... Bien, por si querías oírlo de mi propia voz, voy a decírtelo. Yo no estaba con él cuando mataron a David. O si no pregúntaselo a Nancy Stevens. Ella puede reconocer al asesino...

—Nadie te ha acusado... ¡Qué cosas dices!

—Apuesto a que lo habéis pensado...

Se sabía con los triunfos en la mano y explotaba su situación de héroe. Se había dejado pegar por quienes en otras circunstancias hubieran podido ser sus propios amigos.

Nancy también le visitó en varias ocasiones y aquellas breves charlas reforzaron su amistad.

—Lo que lamenté. Nancy, era no poderte ayudar. Aquellos asquerosos tipos, cuando vi qué te ponían las manos encima...

—No me hicieron nada.

—Ese Hugh era una mala bestia. Se llamaba Hugh, ¿verdad?

—Sí. Y yo tampoco le olvidaré. Ni a Chino... ¡Qué gente!

—Son de la calaña de Deddie. Por eso «sé» que el asesino que buscamos está entre ellos.

—Sí. Yo también lo creo... Todos van vestidos de forma parecida... Bueno, no quiero decir que su vestimenta me importe, pero aquellos rostros...

—¿Reconociste a alguno?

—No... Creo que no. Estaba todo muy oscuro, pero si hubiese visto al asesino le hubiese reconocido. Estoy segura... O al menos creo estarlo.

Al cabo de una semana, Ron salió del hospital. No le habían roto nada. Un hueso fuera de sitio, hematomas, morados, contusiones y un rostro que con el paso del tiempo iba recobrando su aspecto normal.

Sólo los dos días de inconsciencia habían hecho temer a los médicos, luego los análisis demostraron la evolución favorable y posteriormente en su casa continuó la convalecencia.

Nancy fue a comer un día con los Wright y Ron pidió a su madre que hiciera un buen estofado.

En apariencia todo era normal en la casa y hasta Ron anunció la posibilidad de entrar a trabajar en la Cumberland.

—Hablé de ello con Nancy. Dice que hay algunas vacantes y me va a recomendar. Claro que tendré que sufrir un examen, pero lo superaré.

Sí. En ese aspecto, Ron parecía haber cambiado y, la cordialidad presidió aquella cena en la que durante una buena parte de ella tomó parte el padre del joven, que tuvo que dejarles a la hora del café porque...

—Empieza mi servicio. Siento dejar tan buena mesa. Pero el deber es el deber.

La madre de Ron, que aparte de demostrar lo buena cocinera que era, se mostró atenta y excelente anfitriona, era la que no parecía del todo convencida de que lo que estaba sucediendo de un tiempo a aquella parte fuera del todo normal.

No era por su forma de hablar, correcta y normal, ni tampoco por sus silencios de algunas ocasiones, ni por la forma de mirar a su hijo, era por algo más íntimo, más distante, algo que a pesar de toda la comedia montada, Ron creía intuir.

«No está del todo convencida. Sospecha algo», le decía su subconsciente, mientras seguía riendo, hablando o alabando las dotes culinarias de su progenitura.

«Sigue dudando de mí. No la he convencido. Lo presiento», insistía la conciencia de Ron.

Terminó la Cena. Ron por supuesto acompañó a Nancy.

—Deberías descansar —murmuró ella.

—Me encuentro perfectamente. No pueden conmigo. Los Wright tenemos buena madera —y se golpeó el pecho.

Ayudó a Nancy a ponerse el abrigo y añadió:

—Yo no he renunciado, ¿sabes? Pero temo llevarte a ti otra vez en esa calle. Sin embargo...

—No vuelvas a hacerlo, Ron —advirtió su madre—. Sabes que el teniente Yonell también nos lo ha advertido.

—Yonell es un policía. El mira lo que le conviene, pero con esa calma con que se lo toma todo jamás llegará a descubrir al criminal...

Se hizo un silencio. Ron creyó sentir clavados a su espalda los ojos de su madre.

Se volvió. Iba a decir algo, pero el timbre del teléfono cortó la tensión creada por él mismo.

La madre fue a coger el auricular.

—Bueno, vamos —dijo Ron, abriendo la puerta de la casa, pero la voz de su madre le interrumpió.

—Es para ti, Ron —dijo.

Ron se extrañó.

—¿Quién es?

—No lo ha dicho. Es una voz de hombre. —Hum.

Fue hacia el teléfono. Nancy aguardó junto a su madre y ambas le oyeron inquirir a través del auricular:

—¿Diga?

La respuesta que le llegó a través del hilo solo pudo oírla el propio Ron.

Era una voz difusa, perdida en el vacío, disimulada tal vez, una voz extraña que parecía en efecto ser de hombre.

—Diga. No le entiendo —insistió Ronald.

Con mayor claridad la voz murmuró:

—¿A quién pretendes engañar, Ron?

—¿Qué...?

—¿A quién pretendes engañar?

—¡Oiga! ¿Quién es? ¡No le entiendo! —repuso Ron, tratando de dominar un sobresalto interior.

—Sabes perfectamente de lo que te hablo, Ron... No podrás escapar a tu destino, muchacho.

Ron quedó paralizado con el auricular pegado a la oreja. Sin atreverse a preguntar una vez más a quién pertenecía aquella voz acusadora.

Colgó al fin después de oír el chasquido al otro lado del hilo y entonces se dio cuenta de que tanto Nancy como su madre le estaban mirando.

—Un... Un gracioso —carraspeó.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó la madre.

—No he conseguido entenderle. No sé. Si vuelve a llamar mándale a paseo, mamá. Me fastidian las bromas por teléfono. —Y ya más recuperado, tratando de volver al buen humor de que había hecho gala en toda la velada, añadió—: Anda, Nancy, daremos un buen paseo para digerir esa sabrosa cena...

—No regreses muy tarde, hijo. La humedad puede perjudicarte —dijo su madre, cerrando la puerta.

Y una vez más en cada palabra de aquella mujer que le había dado el ser, en cada gesto, en cada inflexión de su voz, sospechaba un reproche, una acusación, una duda.

¡Y ahora sólo faltaba el teléfono!

¿Quién diablos pretendía acosarle?

¿Quién más podía saber...?

Acaso una trampa...

Tomaron el autobús y Ron invitó a Nancy a un buen local para tomar café.

—En eso mi madre no está tan fuerte —dijo.

Luego al sentarse a la mesa miró fijamente a Nancy y tuvo una sospecha.

«¿Y si entre ella y el teniente hubieran organizado una trampa contra mí...? Estaba seguro de que Nancy no me había reconocido, pero. ¿Y si está fingiendo? Puede que estén tratando de que me confíe y ahora quieren ponerme nervioso».

Ella seguía frente a él, observando el ambiente con naturalidad. Sonrió cuando sus ojos se cruzaron con los suyos.

—Nancy —atacó él—. ¿Por qué no delatas al criminal?

—¿Qué? —Nancy se puso seria de pronto.

—Tú sabes quién es el asesino de ese policía.

—Claro. Le vi —repuso ella.

—Sabes perfectamente a lo que me refiero...

—No.

—Has vuelto a verle. ¿Qué te impide hablar claramente con Yonell? Sé que sois buenos amigos.

—No te entiendo, Ronald. De veras.

—¿Tú no has vuelto a ver a aquel hombre?

—No. ¿Dónde?

Hubo un silencio. Ella le miraba con viva extrañeza.

«No es posible que finja con tanta sangre fría», pensó y añadió en voz alta:

—En aquella calle. Uno de los que me atacaron. Uno de ellos.

—No, Ronald. No era ninguno de ellos. No he vuelto a ver a ese asesino en ninguna parte. Te lo aseguro. —Y tras un silencio que él no interrumpió, prosiguió—: ¿Qué te hace suponer que yo podría encubrirle?

—El miedo tal vez.

—¡Qué tontería! Sabes que la policía me protege y tú también. La otra noche no pudiste hacer nada porque eran demasiados, pero me defendiste. No. No tengo miedo, aunque tampoco soy tan valiente como algunos creen, pero en esto juego con ventaja. Sólo con identificar al asesino tengo suficiente. Lo atraparían y lo encerrarían. Ya no podría hacer nada contra mí.

—¿Y si saliera libre del juicio? ¡Podría vengarse!

—No saldría libre.

—No estés tan segura. Sería su palabra contra la tuya. Un abogado hábil podría sacarle del apuro. Ahora ha muerto ya un cómplice y «aquello» no lo vio nadie más.

—No he pensado en esto, Ronald. Puede que tengas razón. De cualquier forma si le reconociera le denunciaría. Puedes estar seguro...

Llegó el camarero y Ronald pidió café algo más tranquilo mientras pensaba:

«Claro... si sospechara que puedo ser yo se lo diría a Yonell y me detendrían... No, ella no puede ser. Ella no tiene nada que ver con esa llamada telefónica. Entonces... ¿Quién?».

CAPÍTULO XI

Ron tuvo pesadillas aquella noche. Su conciencia no le dejaba en paz a raíz de aquella misteriosa llamada. Pensó en Chino, en Hugh.

El había pasado algunas veces por aquel barrio, aunque no conocía a demasiada gente. Se arriesgó precisamente para impresionar a Nancy. Lo de la pelea entraba en sus cálculos, incluso que le pegaran una paliza. Confiaba también en que la policía llegaría a tiempo, puesto que sabía que ella seguía estando protegida. Sin embargo...

Sin embargo, cualquiera de aquellos tipos podía haber sido amigo de Deddie. Quizá el propio Deddie habló con alguien del asunto y habló también de él —de Ron— y por lo tanto alguien más podía sospechar la verdad y ahora trataba de vengarse.

En sus oídos repiqueteaba la voz del teléfono:

«¿A quién pretendes engañar?».

Se durmió y se despertó gritando, ignorando el tiempo que le había durado la pesadilla en la que se vio acorralado por policías. Por su propio padre que le decía:

«Siempre tuve la sospecha de que fuiste tú, Ron... Y aunque sea tu padre voy a entregarte a la justicia. Me avergüenzo de ti».

Y en esos mismos sueños, se vio con un revólver que había sacado de alguna parte, empuñándolo contra su propio padre y...

Disparando.

Vio a su padre caer ensangrentado y gritó:

—¡Nooo!

Eso lo despertó. Pegó un brinco y trató de serenar su agitada respiración.

Entonces tuvo la sensación de que no estaba solo. De que alguien le estuviera espiando.

Saltó de la cama y fue hacia la puerta que abrió de golpe.

No había nadie, pero al asomar vio a su madre que acababa de

cerrar la puerta de su dormitorio. Aún había luz por debajo de la puerta. Una luz que se extinguió de pronto.

—Estaba ahí —se dijo en voz baja—. Mi madre estaba ahí... Espero no hablar en sueños... ¡Dios mío!

Fue hacia la cocina. Estaba sudando como si acabara de terminar una larga carrera pedestre.

Buscó una cerveza y bebió un buen trago. Tosió y dejando la mitad del contenido de la botella sobre la mesa volvió a su cuarto.

Le despertó bruscamente el timbre del teléfono. Había ya amanecido. Consultó el reloj. Eran casi las nueve y nadie tomaba el aparato. Lanzó una maldición y fue a descolgarlo, comprobando que no había nadie en casa.

—¡Diga! —exclamó de mal talante.

Era una voz masculina algo confusa. Una voz que le produjo un escalofrío, porque era idéntica a la de la noche anterior.

Idénticas fueron también sus palabras:

—¿A quién pretendes engañar, Ron?

—¡Quién...! ¡Quién diablos es usted! —gritó sobreponiéndose.

—Tu conciencia, Ron... Es ella la que te acusa. Mis palabras son el recuerdo de lo que jamás podrás olvidar, Ron... Por eso te pregunto. ¿A quién pretendes engañar?

—No sé lo que quiere decir. No sé de qué me habla... ¡Dígame quién es usted o...!

—... ¿O qué, Ron? —atajó la voz—. Me matarías también a mí... ¿Asesinarías a tu propia conciencia?

La voz quedó cortada. Ron colgó y golpeó la mesa con los puños.

—¡No es posible! ¡No es posible!

Llamó a Nancy. Recordaba el número de teléfono y la llamó al instante.

Ella misma se puso al teléfono. Su voz era inconfundible, alegre, cordial, juvenil, como siempre. En derredor de ella sonaban el tacleteo de máquinas contables, el inconfundible ruido de las pequeñas computadoras y todo el clima propio de una oficina.

Le tranquilizó porque la voz que le había hablado poco antes estaba exenta de acompañamientos mecánicos.

—¡Oh, eres tú! ¿Qué tal has descansado, Ronald?

—Desastrosamente. Pero no tiene importancia —mintió—. Te llamaba por lo de mi empleo.

—¡Oh, sí! Hoy tengo que hablar con el secretario del señor Cumberland. Es el que cuida de los asuntos de personal.

—Bien, bien... Es que, además, quería oír tu voz, ¿sabes? ¿Estás sola?

—Como siempre... Bueno, tú no has visto esto. Estoy en el antedespacho del señor Cumberland.

—Hay mucho ruido por ahí, ¿eh?

—¿Ruido?

—Máquinas de escribir o de lo que sea. Lo oigo. —¡Oh, sí! Yo ya estoy acostumbrada. Por eso no digo nada.

—Bueno... Hasta la vista. Esta tarde...

—No, Ronald. Hoy no puedo.

—¿Yonell?

—Pues sí. Me llamó.

—Madrugó más que yo.

Ella rió. Luego se despidieron. Cuando colgó el teléfono entró su madre cargada con dos bolsas de papel del supermercado.

—¿Llamó alguien? —preguntó.

Ron se volvió y miró atentamente a su madre mientras ésta depositaba las bolsas de la compra sobre la mesa.

—He sido yo que he llamado a Nancy. Por lo del empleo.

—¡Ah! ¿Entonces va en serio? —inquirió la madre, con cierta indiferencia.

—¿Es que algo te hizo suponer que bromeaba?

—No, pero como nunca has demostrado un gran interés en trabajar en algo fijo... Sinceramente, pensé que querías impresionar a Nancy.

—No quiero impresionar a nadie, madre. —La miró con la misma atención, impregnada por una sospecha. Y añadió—: Han vuelto a llamar, madre.

—¿A llamar? ¿El teléfono?

—Sí, madre... No sé quién era. Pero oí la misma voz de anoche. Una broma que ya empieza a resultarme pesada.

—¿Qué clase de broma? —inquirió la madre, con frialdad.

—Parece que quieren acusarme de algo... Pienso que no tenga nada que ver con aquellos tipos de la calle. Creo que tendré que hablar con Yonell para que intervengan el teléfono. Supongo que no os molestará... Yo no tengo nada que ocultar, ¿sabes, madre?

—¿Por qué me miras así?

—¿Te miro de algún modo especial?

—Parece como si quisieras acusarme de algo.

—Lo... siento. Esta noche no he dormido muy bien. Tuve una pesadilla. ¿Lo sabes, no?

—¿Por qué he de saberlo?

—¡Por Dios, mamá! Me desperté gritando. Creo que debo haber despertado a todo el mundo.

—A veces uno sueña que grita, pero la voz no le sale. Cree que grita, pero es sólo en sueños. A mí me ha ocurrido a veces.

La mujer iba a la cocina, pero su hijo la atajó:

—Mamá... Tú estabas ahí. Saliste. Vi cómo cerrabas la puerta cuando salí a tomarme una cerveza.

—Sí. Algunas noches me levanto. Voy al lavabo. Pero... Yo no te oí, hijo. Si algo me hubiera hecho suponer que te encontrabas mal, habría entrado. Creo que lo he hecho otras veces, ¿no? —Y ahora fue ella la que le miró con tono inquisidor.

—Bueno... Voy a vestirme. Quiero ir al Instituto. Me conviene repasar algunas cosas por lo del empleo.

—¿Te ocurre algo, hijo?

—No. No me ocurre nada.

—Si algo puedo hacer por ti...

—*No, mamá. No soy un niño. Gracias.*

—A veces pareces un chiquillo, Ron, y a menudo pienso que ojalá lo fueras. Así sabría realmente lo que piensas. Porque antes me lo contabas todo...

—¡Oh! Bueno... Déjame ya, ¿eh? Tengo que lavarme. No me prepares nada. No tengo apetito ahora.

Sintió de nuevo la mirada clavada en su espalda. Pero no quiso volverse.

Cuando después se miró al espejo del lavabo, fijándose en los últimos morados, que ya casi habían desaparecido, pensó:

«Ella no puede ser... Mi madre no haría eso... Creo que me lo diría abiertamente. Creo que... ¡Dios! ¿Pero cómo puedo estar seguro de nada?». »

CAPÍTULO XII

Yonell escuchó atentamente a Ronald Wright.

Aquél había sido un paso definitivo en su actitud, pero si deseaba que todos le creyeran inocente, debía comportarse como si realmente lo fuera, y por eso habló al teniente lo más claramente posible con respecto a aquellas llamadas.

—Sinceramente, creo que se trata de una venganza, teniente. Yo había salido algunas veces con Deddie, y aquella noche Deddie estuvo en mi casa...

Le contó la versión de los hechos a su modo, tal como la había repetido a Nancy y en su propia casa.

Por otra parte imaginaba que Nancy también se lo había contado al teniente, por lo cual no hacía más que reafirmarse en su postura.

Yonell encendió un pitillo y murmuró:

—¿Has hablado con tu padre?

—¿De qué?

—De lo de intervenir el teléfono. El debe saberlo.

—No he podido verle aún, pero por supuesto estará de acuerdo. En casa no tenemos secretos y pienso que si se descubre la procedencia de esa llamada tal vez detengamos al criminal.

—Según tú es una venganza de algunos posibles amigos de Deddie.

—Es lo más lógico, ¿no?

—Tal vez, si pensamos que el criminal se encuentra entre esa gente... Pero dudo de que así sea.

—Puede hacer una redada. Tal vez Nancy podría descubrir al hombre que buscamos.

—Ya había pensado en esto. Pero Nueva York es muy grande. Demasiado. No. El asesino no está ahí. Se habrá escondido en un lugar que crea seguro. Más adelante, cuando piense que el caso está

olvidado, aparecerá de nuevo y entonces será el momento de hacer esa redada. En cuanto a lo del teléfono, yo hablaré con tu padre y, desde luego, si esa llamada se repite, lo intervendremos. ¡Quién sabe! Gracias por haberme comunicado esto, Ronald.

—De nada, teniente. Si puedo hacer algo... No puedo evitar ser hijo de policía.

Yonell levantó la mano a forma de saludo y sonrió al despedirle.

Ron salió algo más tranquilo a la calle, aunque no del todo. Continuaba teniendo aquella sensación de estar vigilado y Nueva York se le antojó un enorme cartel de altas paredes con ventanas inaccesibles y un techo cubierto por la atmósfera que le impedía ver el cielo.

Pensó en la «voz»:

«Soy tu propia conciencia».

—Si es una trampa —se dijo a sí mismo—, tendrán que variar de sistema. Lo importante es que no pierda la serenidad.

Deambuló hasta las proximidades de su casa. Eligió voluntariamente la calle donde cometió el crimen.

Pasó por la acera de enfrente, observando la cabina telefónica situada oblicuamente a la entrada de aquel edificio donde circunstancialmente Nancy trabajó durante unos días. Se detuvo sin poder evitar la rememoración de los hechos.

A su espalda y a ras de suelo habían unos ventanucos que aireaban un semisótano. Toda la calle tenía semisótanos y en cada edificio había ventanas como aquéllas a ras de suelo. Aquéllas pertenecían a una casa deshabitada, condenada a la piqueta para levantar, seguramente, un nuevo edificio.

Ron iba a continuar la marcha, pero se volvió al escuchar un bisbiseo. Miró al suelo y vio asomar a un muchacho que le miraba con atención.

Era un chico de unos doce años aproximadamente que pareció aterrado al verle.

La carencia del cristal permitió a Ron ver perfectamente la cara del muchacho, que se bajó de la caja donde estaba encaramado y escapó corriendo por el oscuro y abandonado local medio subterráneo.

—¡Eh! —gritó Ron, y se agachó para mirar hacia el interior y volvió a gritar—: ¡Eh, chico!...

Oyó pasos y voces...

Se incorporó lívido. En su mente se barruntó una sospecha.

—Si acaso aquella noche... había alguien aquí...

Sin pensarlo dos veces, buscó la entrada al local. Tenía la puerta al fondo de media docena de escalones. La puerta estaba abierta y sólo tuvo que empujarla para entrar en el oscuro local, cuya única luz se filtraba por aquel par de ventanas donde había visto el rostro del muchacho.

Apenas hubo entrado escuchó el ruido de alguna caja u otro objeto al chocar contra el suelo y seguidamente las pisadas de alguien que huía.

—Si huyen es porque temen algo —se dijo, y se reafirmó en su sospecha.

Pensando en que sólo existía un testigo de su crimen y podía haber dos. O quizá tres, porque el muchacho no estaba solo.

Corrió, tropezando con diferentes objetos, y una luz le indicó una escalinata que ascendía hacia un piso superior.

Subió los peldaños rápidamente sin encontrar el menor rastro de su perseguido o perseguidos.

Pasó por un pasillo, entrando y saliendo por entre un laberinto de habitaciones vacías y polvorientas de paredes desconchadas.

—¡Eh! ¿Dónde estáis? ¡Esperad! —gritó, para probar si respondían y le indicaban la situación en que se encontraban.

Nuevos pasos precipitados le condujeron hasta la puerta principal de salida en la primera planta de la casa. Corrió hacia la puerta y asomó a la calle, pero no vio a nadie. Miró hacia lo alto y decidió subir los peldaños que conducían a las otras plantas del edificio. Sólo había tres pisos. Vacíos todos ellos. Eran grandes naves que otrora debieron pertenecer a un almacén.

Por fin llegaba a la azotea.

Desde allí él había espiado la salida de Nancy el día siguiente del crimen. Miró en derredor, pero los chicos parecían haber desaparecido. Seguramente huyeron, saltando las tapias de los distintos terrados. El también hacia lo propio cuando le convenía.

—¡Maldita sea! —exclamó.

Era un nuevo peligro. Una nueva posibilidad de que alguien más conociese su crimen.

Avanzó hacia una de las esquinas del terrado y entonces tres

casas más abajo vio a un chico tratando de empujar una puerta.

—Ahí está —se dijo, y se escondió para que el muchacho no pudiera verle.

Pensó unos instantes y buscó el modo de sorprenderle. Necesitaba saber por qué huían de él.

Necesitaba saber, ante todo, si aquella noche estaban allí y fueron testigos de su crimen.

Mientras, camuflado entre las tapias, se aproximaba dónde estaba el chico, que seguía golpeando la puerta para que le abrieran, recordó la escena del crimen una vez más.

Había luz cerca de la cabina. La farola le alumbraba perfectamente y, por lo tanto, desde la otra acera y a ras del suelo el chico o chicos habían podido verle perfectamente...

Saltó un tejado y a consecuencia del ruido llamó la atención al muchacho, que se volvió asustado.

Ron se agazapó y se quitó los zapatos para que sus propios pasos no volvieran a delatarle.

Siguió avanzando. Quedaba solo una azotea entre el chico y Ron, pero el muchacho desistió de llamar y corrió en busca de otra salida hacia la barandilla opuesta.

Ron cruzó raudo el terrado y pasó al siguiente. Chimeneas y pequeños cuartos trasteros le permitían esconderse.

El chico se volvió asustado, presintiendo el peligro. Ron salió y observó al muchacho. Los dos se vieron separados por una distancia de unos diez metros.

El niño no era el mismo que Ron había visto, pero eso le indicó que debían ser dos, y éste, el compañero de aquél, puesto que también huía.

Ron avanzó.

El muchacho, aterrado, buscó otra salida, imposible, y tuvo que encaramarse a la barandilla para intentar saltar al otro edificio. Pero había un callejón entre las dos edificaciones. Era difícil el salto. Difícil y peligroso.

Ron corrió para atrapar al chico.

—No huyas... Sólo quiero charlar contigo.

—¡No! —gritó el pequeño.

Y saltó desesperadamente.

Ron crispó las manos. Era un salto imposible, demasiado

peligroso.

El chico lanzó un grito prolongado, y cuando Ron asomó sólo tuvo tiempo de ver el cuerpo del fugitivo estrellarse contra el suelo del callejón.

CAPÍTULO XIII

Ron observó cómo la ambulancia se llevaba el cuerpo sin vida del muchacho.

Mezclado entre la gente que se había agolpado cerca del callejón, había sido testigo de aquella muerte de la cual era causante indirecto.

Nadie podía explicarse lo ocurrido, aunque eran varios los que aseguraban que los chiquillos correteaban con frecuencia por las azoteas, y el accidente casual era dado como lógico.

Los agentes de la Metropolitana hicieron una inspección ocular por los terrados y se reservaron su informe, aunque no existía ninguna prueba de que el accidentado hubiese sido previamente perseguido por «alguien».

Sólo Ron sabía que el accidente podía tener fatales consecuencias, porque «había otro niño», otro testigo peligroso: justamente, el que él mismo vio asomar por el ventanuco del semisótano.

¿Dónde se escondía?

Por supuesto, no estuvo presente cuando se llevaron a su compañero muerto.

Miró disimuladamente hacía todas partes. Esperando verle asomar, pero el chico no estuvo allí en ningún momento. ¿Por miedo tal vez?

Escuchó el llanto de la madre, los gritos de desesperación de una mujer que acababa de perder a su hijo de la manera más tonta, pero... ¿y el otro? ¿Dónde vivía? ¿Quién era?

No recordaba haber visto su rostro en ninguna otra ocasión, pero tenía que ser de aquel barrio.

—Tengo que averiguar quién es, porque ese chico hablará. El me conoce. Sabe que les he perseguido. Me conoce... Si le hacen preguntas, me delatará, y entonces comenzarán a preguntarme a

mí...

Se imaginaba las preguntas:

—¿Por qué perseguía a los chicos? ¿Qué hacía en aquella azotea? ¿Qué estaba haciendo parado frente a la cabina donde mataron al agente de policía?

Le pondrían nervioso.

Quizá ataran cabos...

—¡Maldita sea! Ahora que todo iba por buen camino y que nadie sospechaba de mí...

Llegó a su casa y evitó tener que enfrentarse con su madre, pero fue ella la que le habló:

—¿Vienes de la calle? ¿Te has enterado? Salí un momento y me contaron lo ocurrido... ¡Qué desgracia! Esas casas deshabitadas son un peligro. Es imposible evitar que los chicos jueguen en ellas...

A Ron se le ocurrió una pregunta:

—¿Conocías al muchacho?

—Vivía cerca de aquí. He coincidido con su madre algunas veces. En el supermercado.

—Parece que la desgracia se bebe en esas calles —murmuró, tratando de hacer un comentario lógico, y añadió—: Ese chico debe tener amigos. Quizá conozcamos a alguno. Yo me relaciono poco con la gente del barrio.

—Dicen que normalmente jugaba con el hijo de los Drake.

—¿Los Drake? —Ron fingió indiferencia encogiéndose de hombros, pero en realidad se preguntaba quién diablos eran los Drake.

—Su padre trabajaba en los muelles y ha tenido algunas dificultades por cosas que ha hecho. No tenemos trato y no es por mi culpa, pero parece que no son muy amigos de policías.

¡Los Drake!

Ahora sabía de quién se trataba, y pensó que si el muchacho que vio a través del ventanuco era hijo de aquel hombre alto, hosco y nada sociable, que además odiaba a la policía, era hasta cierto punto lógico que el muchacho no le hubiese delatado.

«Odan a los policías y mi padre lo es», se dijo a sí mismo, para sus adentros.

Recordó otra cosa:

—Creo que el padre de ese chico..., ese Drake, fue procesado

por algo, ¿no?

—Sí. Recuerdo algo —repuso su madre—. No sé exactamente qué... Bueno..., hay cosas que no me importan.

—Drake, Drake... —murmuró Ron—. ¡Ya sé! Quiso sacar dinero de alguno de sus compañeros. Por eso le despidieron y se vio envuelto en un juicio... Una especie de chantaje.

—Tal vez. —Y su madre, que estaba en la cocina, asomó—. ¿Por qué te preocupa?

—¡Sí no me preocupa! Pero estábamos hablando de este asunto, ¿no?

—Sí, claro —repuso la mujer, y volvió a sus quehaceres.

Ron ató cabos.

«Bien... Tal vez el chico dijo algo a su padre y ahora están tratando de sacar provecho... Me gustaría que volvieran a llamar. Sí... ¡Tiene que ser ese Drake!».

Sabía dónde vivían. Justo en la esquina, una calle más abajo, en las peores casas del barrio, y siguió pensando:

«¡Que llamen..., que llamen los Drake!».

Y el teléfono sonó cuando Ron terminaba su almuerzo. Estaban los tres en casa. Sus padres y él. Lo tomó el propio Ron.

—¡Diga!

Sonó la voz de las otras dos veces anteriores.

—¿Todavía no se ha despertado tu conciencia, Ronald? —Fue la pregunta del comunicante.

—Siga hablando, le escucho. Cuando haya terminado tengo algo que decirle, si no le importa.

—Crees estar muy seguro porque la policía te deja en paz, ¿verdad? Pero caerás... Ten por seguro de que caerás como todos los de tu calaña. Tú no tienes nervios de acero, no podrás soportar el peso de tu conciencia...

—Oiga, oiga. Esta noche, a las ocho, estaré en el Philmore... Ya sabe dónde está: es el café de la Novena Avenida. ¿Por qué no nos vemos? Tengo algo importante que decirle. —Y esta vez fue Ron el que colgó.

—¿Se trata de ese bromista? —preguntó su padre—. Yonell me ha estado hablando de vuestra conversación. ¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Se me ocurrió de pronto y esta mañana no te vi, padre —

repuso Ron.

—Ya, ya... Bueno, por mi parte le he dicho que si lo consideraban necesario podían intervenir el teléfono... ¿Esa llamada de ahora era el mismo tipo?

—¡Oh, no, no! Se trata de un conocido a quien pedí trabajo hace tiempo...

—Menos mal que te ha dado ahora por trabajar —repuso el padre—. Me alegra que quieras cambiar. Bueno, yo tengo que irme.

La madre de Ron miró a su hijo como si no hubiese creído ni una sola palabra de lo que acababa de decir.

—Yo... Yo también me iré a dar una vuelta. Te acompaño a la brigada, si quieres. ¿Te molesta, padre?

Su padre más bien hubiera podido contestar que en vez de molestarle le extrañaba. Su hijo había cambiado y hasta pretendía ser simpático.

Lo que Ron ocultaba era su deseo de no quedarse a solas con su madre... Temía que algún día, cuando él menos lo esperaba, su propia madre le confesara abiertamente sus sospechas y entonces no sabría cómo reaccionar, porque si a alguna persona en el mundo no podía engañar, aunque lo intentase, esta persona era precisamente su madre..., aunque hasta el momento ella no le hubiese hablado directamente.

Yonell y Nancy bajaron del auto frente al domicilio del agente asesinado.

—No tienes que subir si no quieres. Estaré solo un momento. Los compañeros han hecho una suscripción pública para recaudar algún dinero. Mañana dedicarán un homenaje póstumo a David Carpenter. Voy a comunicárselo a su viuda.

—Sí. Será mejor que me quede. Esa mujer debe de estar muy abatida. No quisiera parecer egoísta, pero en ciertos momentos no sé cómo comportarme.

—Tú no tienes nada que ver en esto. Quédate en el coche. No tardo.

Mientras Yonell subía la escalera de la casa del agente muerto, Nancy consultó su reloj. Eran las 7,20 de la tarde. La calle no estaba demasiado bien iluminada y, además, desierta.

Dentro del coche, Nancy observaba aquella soledad. Era fácil asaltar a una persona en aquel lugar.

Mientras pensaba esto vio a alguien doblar la esquina. Al principio no se fijó bien en la persona. Caminaba de prisa, con paso firme y decidido. Fue al aproximarse que reconoció al transeúnte.

Era Ron.

Iba a salir del auto y llamarle, pero Ron se detuvo y optó por cruzar la calle y seguir en otra dirección y acelerar el paso.

El segundo de duda le impidió llamarle. Abrió la portezuela del coche y asomó a tiempo de ver un par de sombras que seguían los pasos de Ron.

El que dos personas siguieran el mismo camino no hubiera tenido mayor importancia, pero Nancy se la dio al reconocer a uno de ellos.

Al pasar bajo el farol de la esquina vio que se trataba de Chino, y por la estatura del que le acompañaba dedujo que era aquel tipo bajo y repelente al que llamaban Hugh.

«Le siguen», pensó:

Entró en el coche y miró impaciente el reloj. Las 7,30. Decidió hacer sonar el claxon repetidamente.

Yonell no tardó en aparecer.

—¿Qué ocurre?

—De prisa. Chino y Hugh siguen a Ron. Acabo de verlos. Han ido por esa calle. Hace dos o tres minutos.

El policía entró en el coche y lo hizo andar por la dirección que Nancy le indicaba.

CAPÍTULO XIV

Siguieron un par de calles en dirección este sin ver el menor rastro de Ron ni de sus seguidores.

—Deben haber doblado alguna esquina —murmuro el teniente, y enfiló hacia la Novena Avenida. Dobló antes de llenar a la esquina tomando un callejón.

—Seguro que van tras de él —dijo Nancy.

—Será interesante ver lo que se proponen, si es que les echamos el ojo encima.

Yonell tuvo que dar una vuelta a la manzana, y aunque observaron a algunas personas ninguna de ellas era la que buscaban.

El policía dio de nuevo la vuelta para meterse en otra calleja transversal y salir de nuevo por la Calle 53 en dirección al West Side, en el corazón del Bowery.

Al cruzar otro de los corredores interiores observo a alguien que corría.

—Por allí —dijo.

Dio marcha atrás al coche y se metió en el estrecho callejón, pero tuvo que detenerse porque unos toneles le impidieron el paso. Puso los faros largos y con ellos deslumbró a Ron, que se volvió hacia el auto cubriéndose los ojos con una mano para evitar el deslumbramiento.

—Es Ron —dijo ella.

—Ya lo veo. Quédate en el coche. —Y Yonell salió palpándose la pistola enfundada en la sobaquera que colgaba de su pecho.

—¡Vaya, Yonell! No le había reconocido... —murmuró, lanzando un suspiro de alivio Ron.

—Te andaban siguiendo.

—Lo sé. Me he dado cuenta. Y supongo que no llevaban muy buenas intenciones.

—¿Dónde están?

—No lo sé. Pero no deben andar lejos. Trataba de esquivarles. La verdad es que ya tuve bastante con una paliza.

—Bien. Sube al coche. Echaremos un vistazo por ahí.

Ron asintió. Consultó el reloj. Faltaban doce minutos para la cita de las ocho. Se mostró contrariado cuando Yonell, en vez de subir, decidió retroceder a pie por el callejón para ver de atrapar a Chino y a Hugh.

Observó un portalón y vio que era otro corredor interior que comunicaba con un solar. Alguien se acercaba. Dos personas. Se ocultó en la sombra protegiendo su cuerpo contra una pared saliente.

Los dos tipos llegaron hasta allí. Chino estaba diciendo:

—Está ahí. Seguro.

Fue lo último que dijo porque Yonell les cortó el paso.

—¿De paseo? —inquirió. Iba a mostrarles la placa, pero Hugh sacó algo que llevaba oculto. Era una porra de goma con la que quiso hacer frente a Yonell, que hábilmente golpeó con dos precisos movimientos de judo, brazo y cuerpo del agresor, que quedó desarmado e indefenso.

Chino esgrimió su navaja, pero Yonell le alcanzó el brazo para retorcérselo, al tiempo que le empujaba contra la pared.

—Yo en vuestro lugar preguntaría antes de amenazar. Esto puede costaros un disgusto. —Y Yonell mostró su placa.

—Polizonte... —Escupió Chino—. ¿Y qué? ¿Es que no podemos pasear? Usted nos agredió antes de mostrarnos la placa. ¿Qué sabíamos nosotros?

—No empecemos. Vosotros queríais atacar. Pero eso a mí no me importa. ¿De acuerdo? Si os acuso, ya tendré tiempo de buscaros las vueltas. ¡Basura! ¿Qué andabais buscando?

—¡Nada! Paseábamos —murmuró Hugh—. ¿Es un delito?

—Íbais detrás de Ronald Wright.

—Nunca hemos oído hablar de ese tipo —murmuró Chino, con el mayor desprecio, al tiempo que escupía hacia un lado.

Yonell le cogió por las solapas y lo acercó con tal fuerza que la chaqueta de cuero pareció que iba a romperse.

—Ten mucho cuidado con lo que haces cuando hables conmigo... Sólo soy un policía, pero jamás me he dejado tomar el

pelo por tipos como vosotros... Y ahora decidme... ¿Qué tenéis contra Ronald Wright?... ¿Acaso erais amigos de Deddie?

Ninguno de los dos contestó.

Yonell hizo más presión, acercando hasta sus mismas narices el rostro del belicoso Chino.

—¿Apuestas algo a que me olvido que soy policía? ¡Vamos! Apuesta algo a que mañana amaneces en el hospital. —Lo empujó con fuerza contra la pared y sacó rápido su revólver—. Vais armados. Es una buena excusa para que dispare... Y si no lo es, no me importa. Yo también aprendo de tipos como vosotros. Os acribillo a los dos y en paz. Aquí no hay nadie. Estamos solos... ¡Vamos!

Hizo chasquear el arma.

—No va a disparar —murmuró Chino.

Yonell levantó el arma por encima de su cabeza con intención de dejarla caer.

—Está bien. Tú lo has querido.

—¡No! —gritó Chino, y Yonell depuso su actitud, pero sin dejar de encañonarles.

—¿Qué pasa con Ronald?

—Sólo que es hijo de un maldito «poli». Está investigando ese crimen. Nosotros no tenemos nada que ver. Ojalá se murieran todos los «polis». Nos acusan a nosotros y ellos qué... Admiten el soborno, ¿verdad?

—No te desvíes...

—No sois mejores que nosotros.

—¡Al grano!

—No tenemos nada más que decir. Ni siquiera sabíamos quién era Ronald Wright. Ella, sí. Salió su bonito rostro en los periódicos. Es una chivata.

—¿Conocíais a Deddie?

No hubo respuesta.

—¡Vamos, tú! —Y Yonell se dirigió a Hugh, apuntándole.

—Venía algunas veces por el barrio. Eso es todo.

—Y no sabéis quién iba con él la noche que mataron al «poli», ¿verdad? —inquirió el teniente, con desprecio.

No hubo respuesta y Yonell guardó el arma.

—Está bien. Largaos. Algún día tendremos una conversación

más larga vosotros y yo. Y dejad en paz a Ron. Si os pesco otra vez persiguiéndole, vais a acordaros del teniente Yonell.

—¿Por qué no le acuna, teniente? —repuso burlonamente Hugh, mientras se alejaba.

Cuando Yonell regresó, Ron estaba en el asiento trasero hablando con Nancy.

—Bueno. Podemos largarnos. Espero que no vuelvan a molestarte —murmuró el policía.

—¿Habló con ellos?

—Sí. Pero es imposible sacar nada en limpio... ¿Donde quieres que te deje?

—¡Oh! En cualquier parte. En realidad, sólo salí a dar un paseo —mintió el joven, consultando su reloj. Eran las ocho en punto y Yonell puso en marcha el coche, y al salir a la Calle 53 circuló hacia la Novena Avenida. Allí estaba el Philmore.

—¿Te apetece un café? ¿O una cerveza?

—No, no, gracias. Ustedes pueden seguir.

—Yo sí quiero beber algo. Además, ya es hora de cenar. Vamos, Nancy.

Ron se resignó. La intromisión de aquellos sujetos le había hecho perder una buena oportunidad de descubrir a su anónimo comunicante. Al menos eso era lo que pensaba.

Entró con la pareja en el Philmore.

—Siéntate con nosotros si lo deseas.

—Sólo un momento. Tomaré esa cerveza que me ofreció —repuso, mirando en derredor. Estaba el ambiente bastante animado, pero no vio a ninguna cara conocida. Recordaba vagamente a Drake y estaba seguro de identificarle en seguida, pero Drake no estaba allí.

A poco de hallarse sentado, y mientras tomaba la cerveza, Nancy se excusó para ir al tocador y quedaron los dos hombres solos.

—¿Has vuelto a recibir alguna llamada?

—No —mintió el joven, puesto que, dadas las circunstancias y debido al nuevo cauce que habían tomado los acontecimientos, prefería poder arreglar aquel asunto a solas.

Lo había astado pensando desde que sospechó de Drake:

«Si su hijo me vio y Drake quiere sacar partido, no puedo mezclar a la policía en esto».

No. No podía si no quería caer él mismo en las redes de la ley, porque Drake hablaría.

—No —repitió.

—De todos modos, tu padre está de acuerdo en que intervengamos vuestro teléfono.

—Espere. Quizá todo sea una broma. Alguien que nos vio juntos en otra ocasión con Deddie. Nunca lamentaré bastante haberle llamado amigo.

El teniente le observó. Iba a decirle algo cuando un camarero pasó alzando la voz:

—Ronald Wright. Le llaman por teléfono... Llaman por teléfono ni señor Ronald Wright.

Ron se levantó con un presentimiento.

—Soy yo.

El camarero le indicó el fondo del local y Ron habló desde una cabina.

No se había equivocado en su pensamiento. Era la voz de siempre que ya empezaba a sonarle familiar.

—¿Cuándo esperas confesar tu crimen, Ronald? Hazlo antes de que te veas acorralado.

—¿Por qué no ha acudido a la cita? Sé quién es usted. ¡Vamos! Dé la cara. Sé lo que pretende de mí. Hablaremos.

—Yo no tengo que hablar contigo, muchacho. Eres tú... Tú el que debes confesar. Tienes una deuda y tienes que pagar.

—¡Espere! Quiero hablar con usted. Quiero...

Se escuchó el «ciick» indicativo de que su interlocutor había colgado.

Cuando salió de la cabina vio a Nancy que salía de la *toilette* de señoras para dirigirse hacia la mesa.

El fue hacia la mesa también, pero para despedirse. Tenía algo metido en la cabeza.

—Lo siento. Gracias por la invitación. Que se diviertan...

Cuando estuvo fuera, en la calle, Nancy comentó:

—¿Qué le ocurre?

—No lo sé. O mejor dicho: empiezo a adivinarlo y daría cualquier cosa por saber dónde se dirige.

—Podemos ir si quieres.

—No. Tú no. Y no me gusta la idea de dejarte sola.

—Aquí no puede ocurrirme nada.

—Está bien. No te muevas de aquí. Pase lo que pase. ¿De acuerdo? Hasta que vuelva.

Se levantó para seguir a Ronald, pero éste había tomado un taxi dando una dirección.

CAPÍTULO XV

El taxi se detuvo en la dirección indicada por Ron y éste, cuando el vehículo se hubo alejado, anduvo dos manzanas a pie, se metió por un callejón y buscó una escalera de incendios. Cuando la encontró trepó por ella hasta la azotea y desde allí trató de orientarse.

Lo que buscaba exactamente era la casa de Drake.

Cuando hubo localizado el piso, se deslizó por una tubería, puesto que aquel edificio carecía de escalera de emergencia, y alcanzó una galería posterior. Miró hacia el interior y vio a un hombre sentado frente a una mesa, de espaldas a la ventana, leyendo el periódico. Era Drake.

Ron levantó lentamente el cristal de la ventana.

Una mujer salió para sacar una botella que estaba sobre la mesa y Drake espetó:

—Deja esto. ¿Quién te ha dicho que he terminado de beber?

—¡Eso! Emborráchate como siempre... Menudo ejemplo das a tu hijo.

—¡Déjame en paz y ocúpate de lo tuyo!

—¡Demasiado que me ocupo! ¿Quién crees que da la cara a las tiendas para que me fíen lo que te comes, eh?

—¡Ya empezamos con la cantinela de siempre!

—¡Claro que sí! Y si no te lo repito siempre es porque nuestro hijo está delante, pero hoy no. Está viendo la televisión y volverá más tarde y tú y yo tenemos que hablar de una maldita vez. ¡Ya estoy harta de seguir viviendo así!

Drake se levantó golpeando la mesa con un puñetazo y su golpe coincidió con la entrada de Ron, que esgrimía una pistola. La misma que utilizó para matar a Deddie, la misma que estaba dispuesto a usar en aquellos momentos.

—¡Quietos los dos! No hagan ruido... No se muevan. Si gritan,

dispararé. ¿Me conocen, verdad? Ya saben a lo que he venido.

—¿Qué diablos...? ¿Qué desea usted? —exclamó Drake.

—Usted es el que me importuna con sus llamadas. Ya estoy cansado. ¿Comprende? No esperaba que le descubriera, ¿verdad?

—No sé de qué diablos me está hablando.

La esposa de Drake miraba a su marido visiblemente ignorante de lo que ocurría.

—¿Quién es? ¿Qué quiere?

—¿Tanto he cambiado, señora Drake?

—No acierto a... —empezó ella.

—¡Está borracho! No sé quién es —espetó él.

—Ronald Wright. El hijo del polizonte que vive dos manzanas más al sur. ¿Me recuerda ahora o tendré que refrescarle la memoria?... Usted ya estuvo procesado por algo parecido a lo que intenta conmigo...

—¡Diablo! Habla claro, chico. Yo no sé nada.

—Esas llamadas acusándome de algo. ¿Quiere sacarme dinero, verdad? Su hijo debió contarle algo.

—¡Acabemos! —gritó Drake, dando un paso adelante.

Ron, muy sereno, apuntó con energía y advirtió:

—¡Quieto!

—Escucha, muchacho, deja de apuntar con ese chisme. Eso puede dispararse, y si he de morir de un balazo, quiero saber al menos por qué...

La mujer quedaba ligeramente oculta tras su marido, y aprovechó para retirarse lentamente en dirección a la puerta. Ron estaba pendiente de Drake, que trató de aproximarse con ademán conciliador.

—Vamos, muchacho. Estás confundido.

—¡No se mueva!

La esposa de Drake pensó que le daría tiempo llegar hasta la puerta y pedir auxilio, pero Ron advirtió lo que se proponía y se hizo a un lado apuntándola.

—¡Quieta!

Drake pensó en aprovechar la oportunidad para abalanzarse sobre Ron, que había desviado ligeramente su atención.

—¡Suelta eso! —gritó.

Ron vio saltar sobre él la corpulenta mole de Drake y disparó.

Drake cayó hacia atrás. Su mujer gritó y Ron, perdida la cabeza, disparó contra ella, que cayó rebotando contra la puerta, que quedó salpicada de sangre.

Drake se desangraba igualmente en el suelo y desde la escalera comenzaban a llegar voces.

Ron se inclinó hacia el cuerpo de Drake, que pretendía decir algo.

—Tú te lo has buscado... Tu hijo me vio la noche de aquel jueves. Vio cómo yo mataba al «poli»...

—¿Mi... hijo?... Oh... No... no me ha dicho nada.

—¡No es posible! El estaba allí. En el sótano, frente a la cabina.

—Mi... hijo estaba enfermo. Solo... sólo hace una semana que se levantó de la cama.

—¡No es verdad! —exclamó Ron.

La gente en la escalera había aumentado de número. Se oían llamadas a la puerta.

—Creo que ha sido aquí —decía una voz.

Drake expiró diciendo:

—No... sé nada.

La voz del hijo de Drake gritaba:

—¡Papá, mamá!

Ron no salía de su asombro. Había cometido dos crímenes estúpidos...

Fue hacia la señora Drake. La vio inmóvil. Comprobó que estaba muerta. Tenía que asegurarse para que no pudiera hablar. Y ahora se sentía más atrapado que nunca.

Corrió de nuevo hacia la ventana y se deslizó desesperadamente por la tubería hasta el patio, salió por un callejón y se alejó amparado en la oscuridad.

Se ocultó al ver un coche que frenó ligeramente la marcha. A lo lejos sonaba una sirena de un coche de policía. Ron asomó y vio al teniente Yonell y sintió un escalofrío.

Yonell, sin embargo, aceleró nuevamente y se detuvo en la esquina para esperar y seguir al coche policial que se detuvo muy cerca. En la casa donde él acababa de asesinar a dos personas.

Salió y corrió de nuevo un buen trecho, intentando acompañar su respiración. Observó entonces que su gabardina se había desgarrado, seguramente al deslizarse por la tubería, y que llevaba

algunas manchas de sangre.

Se desprendió de ella y la metió dentro de un depósito de basura bien oculta entre los desperdicios, siguió caminando ya a paso normal, pensando en lo ocurrido.

Si los Drake no eran los responsables de aquellas llamadas, el círculo se iba reduciendo... ¿Quién quedaba?

Recordó de pronto una escena recién vivida justamente en el Philmore.

Sí. Cuando le llamaron por teléfono. ¡Nancy no estaba presente! Había ido a la *toilette*... Pero acaso era sólo un pretexto.

Tenía que volver al Philmore y averiguar un par de cosas...

Y en el Philmore, Nancy seguía esperando la vuelta del teniente Yonell.

CAPÍTULO XVI

Ron sabía que el Philmore tenía una puerta en la calle lateral y la utilizó para entrar. Se metió entre las dependencias de servicio hasta salir cerca de los servicios femeninos. Aguardó la ocasión para que no le vieran cómo se introducía en la estancia reservada exclusivamente para señoras.

Aunque el local no tenía ningún lujo, los servicios estaban bien cuidados. Había un departamento de lavabos y las cabinas cerradas de los retretes.

Pero Ron fijó sólo su atención en una mesa del fondo. ¡Había un teléfono!

Pensó que Nancy bien podía haberse servido de él para llamarle. En cuanto a la voz, podía tratarse de una cinta magnética grabada o acaso Nancy sabía fingirla. Después de todo lo que él había oído a través del hilo, era una voz confusa que siempre pensó se trataba de una voz de hombre, pero eso era lo de menos.

Escuchó ruido y se ocultó dentro de uno de los retretes, que cerró por dentro.

Dos muchachas acababan de entrar y hablaban de sus cosas.

Afuera, en la sala, Nancy seguía esperando. Ron pensó en la primera llamada. La que recibió en su casa.

«Entonces estaba ella presente... Nancy estaba en la casa», se repitió.

Aquello le hizo dudar, pero en seguida encontró una posible respuesta a su duda.

«No está sola... No está sola en esto. Es una trampa. Me están tendiendo una trampa desde el primer momento. ¡Yonell y ella!».

Seguía oyendo hablar a las dos muchachas y se le antojaron cotorras.

«Debí terminar con Nancy antes... Pensé que lograría engañarla, pero fallé... Bueno, no fallé del todo. Es sólo una sospecha. Por eso

tratan de acorralarme poniéndome nervioso. Ahora sé lo que tengo que hacer... Ella sigue siendo la única testigo. —Y hasta estuvo a punto de reírse—. ¡Je! Pensé en ese chico... Drake. ¡Oh! Lo siento por sus padres, pero no se ha perdido nada bueno. La sociedad debería agradecerme que la librería de un tipo como Drake...».

Las chicas seguían hablando mientras se acicalaban.

«¡Vamos, cotorras, salid de una vez! No quiero pasar la noche en el retrete...», estuvo a punto de exclamar.

Ellas hablaban de la calidad de sus pantys, de su ropa interior, de si habían engordado o no, y una decía que traía loco a un tal Richard.

—Largaos ya, lagartas —murmuró para sí Ron, y volvió a lo suyo.

»No... Nancy no está segura, pero debo terminar con esto de una vez. Ahora debe estar en su casa. Tendré que burlar al policía que está de guardia. No me será difícil. Acabaré con ella y todo habrá terminado; si sospechan de mí, jamás podrán probar la verdad. ¡Además!, ¿cómo podrían acusarme abiertamente? No tienen pruebas... ¡Ninguna prueba!».

Y mientras aguardaba a que las chicas concluyeran con sus confidencias nada edificantes..., el teniente Yonell ya estaba informado de lo ocurrido en el piso de los Drake. El colega encargado del caso le explicaba:

—Nadie vio nada. Sólo oyeron los disparos. Cuando llegamos encontramos el espectáculo que has visto.

—Seguramente escapó por la ventana.

—Ya he dado orden para que busquen para ver de encontrar alguna pista.

Una mujer preguntaba si podía quedarse con el niño.

—Nosotros nos haremos cargo de él.

—Bueno, por esta noche, háganlo. Luego dependerá del juez. ¿No tiene más familia? —preguntó el encargado del caso.

—Que sepamos, no tiene a nadie más... Solía jugar con un amigo, el pequeño Stassie. Murió esta mañana.

Intervino Yonell para preguntar:

—¿Está hablando de ese muchacho que cayó desde el terrado?

—Sí, señor. Otra desgracia. Este barrio parece que esté maldito.

Yonell quedó pensativo, mientras un agente regresaba con un

trozo de tela de gabardina.

—Encontramos esto en la tubería. Debió deslizarse para bajar a la calle.

Yonell observó aquel pedazo de tela y lo tomó un momento.

—Déjame ver.

—Parece ropa corriente. Hay miles de hombres que usan gabardinas de este tipo.

—Sí, claro, hay miles, pero... —Tenía una sospecha, leve, pero concordaba con algunas cosas que había estado pensando—. ¿Dónde hay un teléfono?

—En la casa no hay ninguno. Tendrás que utilizar el del control. También hay una cabina.

—Gracias. Hasta la vista.

Yonell salió a la calle y la primera persona con quien tropezó fue el agente Wright.

—Hola, teniente. Acabo de enterarme.

—¿Está de servicio en este barrio?

—No. Iba de regreso a casa y he encontrado a la patrulla. ¿Qué ha pasado?

—Doble asesinato. Acribillados. Son los Drake. ¿Les conocía?

—De vista. No eran muy amables con los policías, pero eso no tiene que ver. ¿Ha descubierto algo?

El teniente miró unos instantes al agente en silencio.

—Todavía no. Esto acaba de ocurrir hace muy poco. Unos diez minutos. Escuche... Es necesario que hable con usted. Tengo que hacer una llamada urgente. No se vaya.

—¡Espere, teniente! —exclamó Wright—. Dijo que hacía diez minutos.

—Sí. ¿Por qué?

—Por... nada.

Yonell corrió hacia la cabina telefónica. Tomó el listín para buscar el número del Philmore.

Entretanto, Ron había conseguido salir de los lavabos, apenas las dos muchachas decidieron dar por concluida su interminable charla.

La idea del asesino era ir directamente a casa de Nancy, pero fue entonces cuando la vio y pensó que la suerte le favorecía. Ella seguía allí sentada.

Yonell había encontrado la página donde se hallaba el teléfono

que buscaba. Recorrió con el dedo: Philmore, Philmore...

Ron saludó a Nancy.

—¡Hola! Menos mal que sigues aquí. Temí no encontrarte —dijo, con absoluta naturalidad.

—¿Por qué?

—Bueno. Acabo de ver a Yonell. Creo que tiene un jaleo. Ya te lo contará él mismo. Me ha pedido que te acompañe a casa.

—¿Te lo ha dicho él?

—Sí. Hace diez minutos, en la calle 59 Oeste. Ha habido un crimen. —¿Un crimen?...

—Anda, vámonos. El tiene para rato. Yo no hago más que cumplir su encargo.

—Pero él me dijo...

Yonell tenía ya el número y comenzaba a marcar con impaciencia. Quería hablar con ella, pedirla que siguiera allí, que no se marchara por nada del mundo y que él iría en seguida a recogerla. Más que nada, llamaba por un presentimiento y quería asegurarse de que ella seguía allí.

Ron insistió:

—Bueno, si no quieres que sea yo quien te acompañe...

—No es eso, pero podía haberme llamado él mismo.

—Pero si me ha enviado a mí...

Uno de los teléfonos del Philmore comenzaba a llamar. Era el de la cabina. Los camareros andaban atareados de un lado a otro porque la animación seguía reinando en el local.

—Vamos, vamos, que se ponga alguien —dijo el teniente, expresando en voz alta su deseo.

Nancy recogía su abrigo de uno de los percheros.

—¿Y quién ha sido la víctima? —preguntó ella.

—No sé. No sé nada —murmuró Ron, dominando su impaciencia.

Un camarero por fin acudió al teléfono.

—Sí. Aquí Philmore... ¿Con quién desea hablar?

Nancy y Ron se encaminaban hacia la puerta.

—¿Y tu gabardina? —preguntó Nancy, al darse cuenta de que Ron no llevaba aquella prenda con la que había entrado en el local la primera vez.

—La presté a un amigo...

—¿La prestaste?

¿Qué importaba una mentira más? Al fin y al cabo, Nancy jamás podría repetir aquella conversación.

El camarero salió de la cabina para vocear el nombre de Nancy Stevens. Pero Nancy y Ron salían a la calle en aquellos momentos.

—Tomaremos un taxi y te dejaré en tu casa. Seguro que tu guarda de corps te estará esperando... ¿O se encarga Yonell de llamarle?

El camarero voceaba el nombre de Nancy inútilmente. Y Nancy y Ron se alejaban en busca del taxi. Pero no pasaba ninguno.

—Podemos ir dando un paseo —dijo él.

El camarero volvió al teléfono para anunciar a Yonell:

—Lo siento. No responde nadie. Esa persona debe de haber salido. Si supiera quién es...; pero aquí hay mucha gente, comprenda.

—¡Oiga! Estaba sentada en la tercera mesa del rincón. Yo estuve antes con ella. Y había otra persona con nosotros. Busque. Asegúrese.

—¡Un momento! —repuso el camarero, y salió para estirar el cuello y comprobar que la mesa que el teniente le había indicado estaba vacía.

—Lo siento. No hay nadie —y colgó.

Yonell sintió en su interior que su presentimiento se acentuaba. Salió y buscó al agente Wright, pero el policía tampoco estaba allí. Había desaparecido.

Con la sensación de que cada segundo era vital, se dirigió rápido hacia su coche para dirigirse hacia el Philmore.

Ronald y Nancy habían cruzado la Décima Avenida y caminaban cerca del Hudson, en la parte más sucia y oscura de la ciudad, donde abundaban los talleres mecánicos, los viejos almacenes portuarios, todo silencioso, abandonado.

—No me gusta este sitio, Ron... Y aquí será difícil encontrar un taxi.

—No vamos a coger ningún taxi, querida.

Ella no acabó de comprender. Se volvió para mirar a Ron, que sonreía con absoluta seguridad.

—No es necesario que finjas más conmigo. Tú no estás segura; es

sólo una sospecha lo que tienes con respecto a mí.

—¡Ron! ¿De qué me estás hablando?

—Quise hacer la prueba. Me corté el pelo, me quité la barba y todo lo que tú podías reconocer. Una persona cambia mucho así, ¿eh? Y tú sólo me viste un momento... Demasiado poco para poder estar segura...

—¡Dios mío, Ron! ¿Qué estás diciendo? —Nancy estaba aterrada. Empezaba a comprender.

Ron sacó su revólver.

—He matado cuatro veces. Lo siento... Empezaba a tomarle afecto, pero me has engañado. Esas llamadas telefónicas pretendían ponerme nervioso... ¿Estabas de acuerdo con Yonell, verdad? ¡El listo Yonell! Fue una suerte que te dejara sola en el bar. Cuando vas con él no llevas escolta. Ahora estás sola. Sola conmigo.

Ella hizo ademán de escapar, pero Ron la retuvo por el brazo sin despegar el cañón en el cuerpo de Nancy.

La empujó hacia adelante, obligándola a andar hasta la parte más próxima al río.

Entretanto, el teniente Yonell detenía su automóvil frente al Philmore, donde entró precipitadamente para comprobar lo que le había dicho el camarero que atendió su llamada. Ella no estaba. Preguntó.

—No sé. Había mucha gente. De verdad que no me fijé en esa señorita.

—¿Ni siquiera vio si alguien se sentaba en su mesa?

—Pues no. ¡Espere! Puede que la viera acompañada, pero no me pregunte quién era. Aunque hubiese sido usted mismo... No puedo precisar.

Yonell salió a la calle y miró en todas direcciones. Estaba seguro de que ella no se hubiera ido sola. El mismo se lo recomendó.

—¡Ron! Vino a buscarla... Sólo pudo salir con él...

Y Ron estaba diciendo en aquellos momentos:

—Lo bueno de esos lugares tan concurridos como el Philmore es que nadie se da cuenta de los que entran y salen. No podrán acusarme, Nancy...

Ella no despegaba los labios. Estaba asustada, pero al mismo tiempo no dejaba de buscar la forma de librarse de Ron.

Yonell se metió de nuevo en el coche y lo puso en marcha para

empezar la búsqueda.

—No la habrá llevado a su casa... Estoy seguro de que andará por algún lugar que... —interrumpió sus pensamientos en voz alta. Pensó en la proximidad del río y dobló la Novena Avenida para dirigirse hacia el Oeste. Tres avenidas más y se hallaría en la zona portuaria.

Ron seguía obligando a Nancy a aproximarse al Hudson. Estaba ya en uno de los muelles. La soledad y el silencio eran absolutos. Sólo resonaban sus pasos porque él nada hacía para amortiguarlos.

—Eso no servirá de nada, Ron —murmuró ella—. Yo no te hubiera reconocido... Has cometido un error. Tarde o temprano tendrás que arrepentirte. Piénsalo...

En aquel instante, y antes de que Ron pudiera contestar, resonaron otros pasos que procedían de algún lugar oscuro, pero próximo. Ron vaciló. Aguzó el oído. Alguien andaba cerca y por primera vez vio menos claro su triunfo en la impunidad.

Se volvió, parapetándose contra el cuerpo de la muchacha.

Una silueta apareció semioculta por la escasa luz.

—¿Quién anda ahí? —gritó.

En aquel instante surgieron los potentes focos de un automóvil que le hicieron volver la mirada hacia el lado opuesto.

El auto, a gran velocidad, se detuvo a una treintena de metros. Los faros seguían deslumbrándole. Alguien se apeó del coche. ¡Yonell!

—¡No, teniente! —gritó Ron—. ¡No se acerque! ¡Fíjese bien! Nancy está delante de mí.

—Eras tú... —murmuró Yonell, avanzando—. Vamos..., estás atrapado. Sabes que vayas donde vayas yo te perseguiré siempre. Deja a Nancy. Entrégate...

—¡Quieto! ¡No de ni un paso más!...

—Muchacho. He dado una orden. Tengo la radio abierta... La zona pronto quedará acordonada. ¿Comprendes? No te miento. Mientras te buscaba he llamado.

—Usted lo sabía... Sospechaba. Ella se lo dijo, teniente...

—No, muchacho —y dio unos pases para avanzar—. No lo sabía. Fue tu actitud la que me hizo entrar en sospechas, pero fuiste demasiado lejos. Tentaste a la suerte. Cuando te llamaron por teléfono sospeché que era esa voz misteriosa y te seguí. Tus pasos

me llevaron a la casa de los Drake..., demasiado tarde para ellos. Un jirón de tu gabardina quedó en una cañería. ¿Dónde tienes la tuya, Ronald?

—¡Basta! ¡Quédese donde está!

Cuando Yonell se detuvo, a unos veinte metros de Ron, surgió otra voz. Era del hombre que había avanzado por detrás. La silueta que Ron vio primero.

—Apelé a tu conciencia... Quise que fueras tú mismo quien confesara tu delito... Me avergonzaba que fueras tú, Ron...

¡La voz del teléfono!

¡La voz de su propio padre!

El agente Wright avanzaba hacia él a cuerpo limpio. Avanzaba, avanzaba.

—Las balas que extrajeron del cuerpo de Deddie pertenecían al revólver que tenías oculto en el cuarto de la azotea. Lo tomé una vez y pedí una comprobación particular en balística. El resultado hubiera bastado para acusarte... Pero quería que fueras tú..., tu propia conciencia que te obligara a tener un gesto de nobleza. No quería ser yo quien llevara a mi propio hijo ante el juez... ¡No quería! ¡Y ojalá lo hubiese hecho! ¡Ojalá! Otras personas vivirían ahora si te hubiese obligado con mis propias manos a confesar... ¡Maldito seas, Ron! Traté de darte una oportunidad. ¡Y mira dónde has llegado! ¡Asesino!

Estaba ya muy cerca. Ron tenía su revólver en las manos. Le apuntaba casi sin darse cuenta.

¡Había soñado aquello! Lo había visto en sueños como una premonición.

—No, padre... ¡No te acerques!

—Será lo último que haga en mi vida, Ron... Después presentaré mi dimisión. He faltado a mi deber por un hijo. Un hijo que siempre me despreció. ¡La culpa es mía tal vez por no haberte dado la paliza que merecías!

—¡No, padre!... ¡Quieto!

La mano de Ron temblaba, pero su padre seguía avanzando impertérrito, seguro.

Sin embargo, Ron se había olvidado momentáneamente de Yonell, y el teniente no desaprovechó aquella oportunidad.

—¡Basta! —gritó, cerca ya del hijo del agente.

Ron se revolvió furioso. Iba a disparar contra Yonell, pero el teniente saltó ágilmente y los dos rodaron por el suelo.

—¡Aparta, Nancy! —gritó el policía.

Ahora los dos forcejeaban con el revólver, que se disparó. El brazo del teniente quedó manchado de sangre, pero logró conectarle un directo que derribó a su agresor, mandándole contra el suelo al tiempo que perdía su revólver.

—¡Quieto, Ron! —gritó su padre.

Pero el hijo del agente no estaba dispuesto a entregarse y se levantó raudo para emprender la huida.

Yonell iba a seguirle, pero Wright se opuso.

—¡No! Tengo que ser yo. Ahora tengo que ser yo...

Y Wright comenzó a perseguir a su propio hijo cuando las sirenas de los coches de la policía se oían ya cercanas.

Ron intentó despistar a su padre, que gritaba:

—¡Detente!

Tras un intenso recorrido, Ron se aproximó a la zanja de la vía férrea. Era el lugar que le pareció idóneo para despistar a su padre. Se tiró desde lo alto en un salto de más de siete metros de altura.

—¡No podrás alcanzarme! —gritó.

Pero se equivocaba si creía que su padre no era capaz de intentar el salto. Y lo hizo.

Wright se tiró, pero cayó mal. Sintió un horrible dolor en la pierna y cuando intentó moverse no pudo. Estaba en medio de la vía.

—¡Detente! —gritó.

Jadeaba, se arrastraba. Ni siquiera se daba cuenta de la proximidad del tren; sólo veía la luz cegadora de su foco central y aún gritó:

—¡Ron!

Su hijo se volvió. Vio la tragedia inevitable.

—¡Padre! ¡Sal de ahí! ¡Sal! ¡Aparta!

Era imposible. El policía no podía moverse. Ron vaciló, dudó. Sintió algo en su interior, quizá el despertar tardío de su conciencia. Gritó de nuevo al tiempo que avanzaba hacia los raíles donde su padre seguía caído.

—¡Voy a sacarte de aquí! ¡Voy a...!

El pitido del tren era ensordecedor. Ahogó las palabras del

joven, que se lanzó hacia su padre para salvarle. Demasiado tarde. El convoy se les echaba encima.

—¡Nooooo! —gritó Ron. Fue un prolongado alarido que quedó cortado con el tremendo choque del convoy contra los dos cuerpos.

Luego llegó el silencio más absoluto. Quizá la última visión del asesino fue el rostro de su padre en un gesto póstumo de aprobación.

Los faros de los coches de la policía poblaron de luz el lugar.

Nancy se apretó contra el cuerpo de Yonell.

EPÍLOGO

El caso quedó cerrado.

Yonell, que conservaba una, leve herida como recuerdo, se reunió con Nancy después del sepelio de los restos de los Wright. Ambos habían hablado brevemente con la viuda. La auténtica víctima de aquel drama.

—Creo que ella siempre lo sospechó. Ahora me doy cuenta —murmuró la muchacha.

—Es posible, pero era su madre. Debe ser muy difícil entregar a la justicia a un hijo que se ha llevado en las entrañas.

—¿Y Wright?

—Luchaba entre el amor hacia su esposa, su deber como padre y su otra obligación como policía. Buscó un medio para que fuera su propio hijo quien confesara. Si eligió bien o mal no es cosa que podamos juzgar nosotros. Él lo hizo así..., por medio de esas llamadas telefónicas. Lógico o no, hecho está. Cada cual obra según su entendimiento. Ojalá, si algún día tengo hijos, no pase por el trance de ese hombre.

Y quedó mirando a Nancy, que se sintió plenamente compenetrada con las palabras del policía.

Se cogieron fuertemente, identificados. Enamorados tal vez, aunque nunca hubiesen tenido ocasión de cruzarse palabras de amor.

FIN



DESDE AHORA PUEDE LEER
LAS NUEVAS NOVELAS DE

CORIN TELLADO

ADQUIRIENDO LOS VOLUMENES
DE LA NUEVA COLECCION
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Silvia

CORIN TELLADO

sigue siendo la autora indiscutible de fama mundial que
refleja, con fuerza y sinceridad insuperables, las inago-
tables reacciones del Hombre y de la Mujer, en busca
del Amor.

APARICION SEMANAL, ASEGURE
LA RESERVA DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.



